

EL MUNDO

Año VI—Tomo II

México, Domingo 16 de Julio de 1899.

Número 3



UNA FLORISTA DE GRANADA.

CUADRO DE ISIDORO MARIN.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

El mes de Julio, metido en agua, con su sol rabioso de medio día, su lluvia pertinaz y monótona de la madrugada, su tormenta ruidosa al caer la tarde, y sus noches húmedas y sombrías, es, á pesar de todo eso, el mes de los regocijos callejeros y de las fiestas al aire libre; el mes en que las viejas fachadas se atavían con banderas y cortinajes tricolores, y se ponen su profuso tocado de diamantes eléctricos; el mes en que la ciudad, que á diario presenta su aspecto convencional, modificado aquí y allá por los caprichos y elegancias de la moda, toma, de improviso, un aire de satisfacción, de goce, de salud, de atractivo y fresco entusiasmo, como si cansada de su vida monástica, se despojara de los hábitos grises y, para entregarse á los placeres mundanos, probara á vestirse de fantasía.

Dos colonias extranjeras en México, hacen este milagro tan admirable como cualquiera de los bíblicos: la Colonia americana y la francesa.

El grupo americano que habita en el corazón de la Capital y que allí ha impuesto sus costumbres, celebra el día glorioso, el cuatro de Julio, con derroche de trofeos y de adornos y con hurras, vítores y expansiones de marcado gusto sajón. El *yankee* que es una máquina de negocios, un tenaz perseguidor del *dollar*, una constante fuerza acaparadora, un maniático formidable de la acción, del movimiento, de la lucha, un cruzado de la riqueza, un ferviente sacerdote del oro, tiene sus goces rudos, grandes, escandalosos, un tanto primitivos, frecuentemente faltos de proporción y de estética, y que indican bien la tendencia y el carácter de un pueblo que abstraído en la labor de hacer útil y cómoda la existencia, se ha preocupado poco de aristocratizar y pulir y ennoblecer sus alegrías.

El *yankee* se divierte con el mismo ímpetu con que trabaja; gasta sus energías en el placer, seguro de no agotárselas, y va rumbo al placer con la violencia y la firmeza que emplea en sus asuntos mercantiles. Para él llegar más pronto es el problema; pasar el día de fiesta en el frenesí del contento, derrochando á manos llenas, cuanto guardaba de reprimidos deseos y de mal contenidas tentaciones. Beber, cantar, saludar el alma y el cuerpo con el estremecimiento de un regocijo amplificado hasta la locura; eso es lo que constituye su ideal y su aspiración. El *yankee* no sabe sonreír sino reír; no atina á bromear con los alfileres del epigrama, sino que golpea con la ruda maza del sarcasmo, no afina sus gritos de gozo, antes bien los amplía, los sostiene por largo tiempo, atruena con ellos el aire y tal parece que su anhelo es que lleguen á la cima de las montañas y desbaraten las nubes del horizonte.

Esta viril y poderosa alegría, en cuyo fondo se agita la tierna y sencilla candidez de la raza, transforma el cuatro de Julio en una avenida neoyorkina, las calles de Plateros,

Desde la esquina de la Profesa hasta la puerta del Jockey Club.

* *

Diez días después, el catorce de Julio, los franceses se divierten. ¡Oh, *le roi s'amuse!* Porque el pueblo francés es el rey de la alegría. Nadie como él para los sortilegios de la dicha. Taumaturgo de las tristezas, hace con ellos los más hábiles juegos de prestidigitación, las más inauditas magias, los encantamientos más deliciosos. Para el francés la vida es un desierto árido de trabajo fatigoso con su oasis de *sprit* y de buen humor. Para los buenos, las penas de este mundo tienen por premio el cielo; para los trabajadores la monótona agitación de la semana, tiene también su recompensa: el descanso del domingo, y el catorce de Julio en medio del año, es algo así como un terceto del Paraíso, incrustado en el *Purgatorio* de la Divina Comedia. No es otra cosa la existencia para un francés: comedia divertida, fácil, chispeante, con escenas serias, incrustadas de sutiles y picarescas ironías y lances melancólicos que muy á tiempo cortan los equívocos, las alusiones y las salidas inesperadas!

El francés posee en un alto grado de perfección, el sentido de la gracia. Por eso sus alegrías son tan elegantes, tan artísticas, tan plenas de encanto, tan subyugadoras. Todo lo sabe preparar un francés; pero nada como una fiesta.

Está hecho para gozar, y goza sin esfuerzo y con la propia naturalidad con que iluminan las estrellas y perfuman las flores. El francés tiene muchos siglos de conocer á fondo los secretos de la alegría.

Todo él la respira y la va derramando como un vaso colmado de miel. El mundo entero para gozar toma el patrón francés y le pide á París á cada momento una copia de su animación y de su entusiasmo.

* *

Así, como escondida entre estas rápidas y alegres divagaciones, semioculta en la pompa efímera é inú-

til de esta literatura dominguera, bajo las burdas gasas y las flores de trapo de mi revista, quiero que se deslice una nota de dolor, como en la bulliciosa corriente de un río de aguas claras y espumantes, boga deshojado y marchito un asfodelo.

Lo digo con timidez, ansioso de que algunas almas buenas lo escuchen, y de que en algunos ojos brote una lágrima, de que algunos labios se abran para dar paso á la oración y al suspiro. Sal, vergonzante noticia fúnebre, despliega un instante tu crespón de luto sobre la blancura de esta página y huye en seguida, al rincón de la memoria donde aguardan los recuerdos tristes la llegada de su redentor, el olvido: Ha muerto Rodulfo Figueroa, otro soñador, otro joven, otro poeta.

Ah, muerte, querida insaciable, qué enamorada estás de los gallardos paladines de la Belleza! En tan poco tiempo, en unos cuantos días, has levantado á dos comensales del festín del ideal. ¡Oh, compañeros; ya hay muchos sitios vacíos!

Rodulfo Figueroa era un poeta deliciosamente sencillo y tierno, adorador y cantor perpetuo de la naturaleza, y que rimaba del modo más suave, sin afectación, casi sin artificio, todas sus impresiones. Un poeta provinciano, cuyos versos empapados de la frescura de sus campos, del matiz glorioso de su cielo, hacían entre los atildados y pulidos versos de los poetas de la ciudad, el efecto de una rolliza campesina en compañía de pálidas y aristocráticas mujeres. En Figueroa todo era espontaneidad, sinceridad, naturalidad. Sus asuntos eran, por lo general, regionales; cosas vistas, emociones sentidas. Sus estrofas cantaban aires de la tierra. *La Marimba*, *la Sandunga*, son composiciones llenas de un exotismo delicado y fragante. *El toro salvaje* es una pintura decorativa, de grandes proporciones, trazada con admirable maestría, y en la cual se ve la precisión y seguridad del dibujo y la exactitud y el vigor del colorido.

Llamaba desde luego la atención su manera franca, su estilo suelto, su verba rica y fácil y la sonoridad serena de su rima. Claro que dentro de esa sencillez conmovedora, hay un trabajo de artífice; pero no se nota nada de aparatoso, de forzado, de falso. Parece que la estrofa mana de la inspiración como la linfa de las fuentes.

Rodulfo Figueroa dejó su obra diseminada en periódicos y revistas. No ha de faltar mano piadosa que ate en un haz esas flores de la poesía americana, rebosante de aroma, acre y silvestre. . . . Rodulfo Figueroa será entonces estimado y admirado como merece. Te lo llevaste—¡oh querida insaciable!—cuando aún tenía que hablarnos mucho de sus sueños. . . .

* *

La competencia del género chico, en Arbeau y en el Principal, hace hoy por hoy la delicia de nuestros buenos burgueses. El reinado de la zarzuela se prolonga. La tanda ha tomado carta de naturalización en nuestras costumbres.

Y así pasamos la vida, y, sin pedir más, nos sentimos felices.



EL EXTERIOR.

Revistas Políticas y Literarias.

En mi última revista preguntaba yo ¿en dónde se baten? Dos días después me respondía el telégrafo: en los parlamentos belga é italiano; en las calles de Bruselas, en Barcelona. Se trata pues de guerras íntimas, domésticas, fratricidas, como se decía en tiempo de Comonfort; en dos palabras, de guerras *at home*.

Y para ir aprisa, vamos por partes, á ver si logramos no embrollarnos.

* *

En Bélgica, como en todos los países representativos en plena actividad, los viejos partidos fundamentales conservador y liberal, tienden á desaparecer ó han desaparecido ya: este hecho, como todos los fenómenos políticos, tiene una causa económica; la industria, y en Bélgica es extraordinariamente intensa, ha creado un grupo en formidable y forzoso crecimiento: la población obrera. Como las doctrinas colectivistas ó anarquistas (aunque en el fondo perfectamente antitéticas), puesto que una otorga todo el poder de distribuir la riqueza al Estado y la otra suprime al Estado), tienen por principio común la supresión de la propiedad particular y el odio al régimen existente, los obreros afiliados en uno ó en otro bando, reciben el nombre común de *socialistas* y en lugar de atacar á mano armada la organización bur-

guesa, como ellos la llaman, hábilmente dirigidos, esperan por medio del sufragio obtener preponderancia en los parlamentos y cambiar el régimen social por los procedimientos legales. Esta era la consecuencia forzosa de la adopción de los principios democráticos que es la irresistible tendencia de los pueblos plenamente civilizados.

Quedan, pues, frente á frente, los partidarios de la propiedad más ó menos resueltos á sacrificarla en su mayor parte en provecho de los obreros, para salvar la otra parte y hacerse perdonar la riqueza, y los socialistas. ¿Y el partido liberal? El viejo partido liberal doctrinario, el de los Frère-Orban, los Rogier, los Dupont, ha pasado á la historia; representante de la burguesía ilustrada y constitucional del tipo inglés, que gobernó brillantemente en Bélgica durante veinticinco años, la transformación social lo ha puesto en poco tiempo en minoría mínima. ¿Por qué?

Precisa tener en cuenta que una parte, aunque la menor, de las poblaciones urbanas y la inmensa mayoría de las poblaciones rurales, son católicas, en Bélgica, por causas eminentemente históricas y por extremo difíciles de destruir. Los liberales pudieron mantener su dominación, (encaminada á consolidar la prosperidad material del reino, y lo lograron, y á combatir la influencia de la iglesia en la enseñanza, y no tuvieron tiempo de lograrlo) gracias al régimen electoral censitario (sólo el que pagaba determinada cantidad podía ser elector). Los católicos pudieron en 84, á pesar de esta restricción, formar mayoría con los radicales y derrocar á Frère-Orban; mas para consolidar su triunfo ensancharon el cuerpo electoral por medio del sufragio sin restricciones, el sufragio universal. Así su triunfo era indefinido; sería preciso para echarlos por tierra descatolizar á Bélgica.

El enemigo estaba en su propia victoria: una escisión se produjo entre los vencedores; se formó un grupo católico disidente, el de la democracia cristiana, en guerra con el católico conservador que, con tanta inteligencia y vehemencia, dirige M. Charles Woeste y el grupo socialista hijo también del sufragio universal. Por horror al socialismo en quien miran una doctrina esencialmente enemiga de la libertad, no sin razón, unos liberales pasaron á los conservadores; otros han reclamado, para poder poner en juego sus diseminados, pero considerables elementos, la representación proporcional, la representación de las minorías, consecuencia forzosa de todo sistema de verdadero sufragio universal. Los socialistas se unieron á los pocos liberales que han luchado por la representación proporcional ó, como también se dice, contra el voto uninominal (porque para obtener la representación de la minoría precisa que se reúnan varias circunscripciones electorales y el boletín del voto no contiene un solo nombre sino varios.) Y, en honor de la verdad, el jefe del gobierno conservador Beernaerts, eminente estadista, apoyó con sincero esfuerzo la tentativa, al grado que cuando fracasó su intento, abandonó el poder.

Van der Peerebon que lo sustituyó ha extremado la política conservadora; ha tratado, sobre todo, de inferir mortales heridas á la instrucción laica. Y sin aparecer como enemigo resuelto de la representación de las minorías, sino aceptándola en determinadas circunstancias, ha presentado un proyecto de ley que iba á ser indudablemente votado, en que resultaba que sólo los colegios electorales católicos se aprovechaban de ella.

De aquí ha dimanado la frenética exaltación de los grupos radicales y socialistas y de la población que les es adicta en Bruselas y los grandes centros industriales. El rey, empeñado en el éxito del proyecto de Van der Peerebon, saldrá desprestigiado de la contienda. Ya el ministro retiró su proyecto y puede entreverse el día en que el partido liberal transformado reocupará el poder, para librar al socialismo, su aliado de hoy, la batalla definitiva.

Su programa no puede ser más justo, más sensato y más moderno: libertad de conciencia; independencia y neutralidad confesional del poder civil; instrucción laica y obligatoria; igualdad en el servicio militar; representación de las minorías; repartición de los cargos públicos en armonía con la fortuna de los contribuyentes; revisión de las leyes que regulan el contrato de trabajo y la responsabilidad de los patronos en caso de accidentes; reconocimiento legal de los sindicatos profesionales, extensión de los comicios agrícolas; medidas encaminadas á destruir el alcoholismo; desarrollo de las instituciones de crédito popular, de ahorro y de seguros.—A ser belgas, muchos amigos míos y yo lo suscribiríamos con entusiasmo.

* *

En España los planes financieros del gobierno provocan resistencias armadas en diversos centros, sobre todo en la separatista y proteccionista Cataluña. En los países en que el régimen parlamentario está falseado por la formación de mayorías artificiales y en que la nación no se siente genuinamente representada, habrá siempre la tendencia á protestar á mano armada, máxime en un pueblo que tiene la sangre caliente, el arma en la mano, el pronunciamiento en la herencia y cuya fracción industrial está completa-

mente ganada por los socialistas, que prometen realizar un sueño de felicidad terrestre en el acto que los obreros se cuenten, comprendan que es suya la fuerza y hagan uso de ella; lo cual es en puridad una locura absoluta, por lo que tiene mayor influencia sobre el alma actual de las clases obreras, descontenta, inquieta, febril de anhelos de goce material y colmada hasta desbordarse de rencor y de odio.

Sin embargo lo que hace el ministro de hacienda, es lo que todo gobierno español se vería obligado á hacer en vista de la deuda formidable creada por la guerra: el presupuesto era poco más ó menos de trescientos millones de pesos (en nuestra moneda, se entiende). Pues bien, el año entrante el déficit, á pesar de la supresión de las amortizaciones y de la reducción de las deudas coloniales, el déficit se acercará á noventa y cuatro millones. Hay que buscarlos y he ahí el *quid*. Verdad es que los recursos de España resultan superiores á lo que sus mismos estadistas imaginaban; pero á pesar de eso la suma es demasiado fuerte. El ministro para consolidar la deuda flotante, operación indispensable en toda reorganización, y esa deuda sube á más de trescientos millones de pesos, anuncia un empréstito interior al 5 p $\frac{3}{4}$ garantido por las rentas aduanales y del tabaco; y para su déficit proyecta impuestos sobre la renta de los valores mobiliarios, sobre la exportación de minerales, sobre el tabaco, el azúcar y los alcoholes. Al mismo tiempo anuncia la iniciación de convenios con los acreedores extranjeros para obtener reducciones importantes. Y con un espíritu realmente de progreso y orden ha puesto en vigor las disposiciones referentes al catastro, para conocer el valor de la propiedad y dar base segura al impuesto.

Es muy probable que las medidas propuestas por el ministro ú otras semejantes, pero que todas se sumen en esta frase: *aumento de los impuestos*, sean las únicas posibles en la actual crisis española; si se disminuyen á compás de ellas los gastos, y si el manejo es honrado y si el cumplimiento de los compromisos es religioso, todo eso lo sabemos por experiencia propia, la restauración de España es segura.

Como era de esperarse, los centros industriales, porque los proyectos del ministro no tocan á la agricultura, gravados por los nuevos tributos y amenazados de una baja de salarios, protestan y se remueven; la situación es muy difícil para la pobre España en bancarrota efectiva, herida, humillada, despojada y mutilada; ¿tendrá serenidad suficiente para entrar sin vacilaciones en el período doloroso y silencioso del recogimiento y del trabajo? Está salvada entonces, nosotros lo creemos y lo deseamos. Y sentiríamos que el partido liberal provocase crisis nuevas; el partido liberal necesita transformarse, necesita hacerse bastante amplio para dar cabida á las legítimas aspiraciones de las multitudes socialistas en su programa y á los republicanos de gobierno en sus filas. Deje entretanto al distinguido señor Silvela proseguir patrióticamente la premiosa liquidación de la catástrofe y espere la mayoría del rey.

* *

También se baten á pescozada limpia y silletazo franco en el parlamento italiano y decididamente, como decimos en español los franceses de pega, el parlamentarismo no se aclimata entre los latinos, dicen los pesimistas. Como si en las asambleas americanas é inglesas, y en estos últimos años, no hubieran lucido sus biceps y puños de *boceadores* los señores diputados. Bah! El *parlamentarismo* no es cuestión de raza, sino de educación y de práctica. Ni hay otra forma constitucional posible en la Europa republicana ó monárquica, que esa; allí el *presidencialismo*, que es el sistema de la constitución americana y el de la nuestra, se convertiría en cesarismo puro y el cesarismo es un fenómeno de transición, no de vida normal, porque entonces mata.

El general Pelloux, presidente hasta hoy del gabinete italiano, es un hombre honrado un poco aburrido. La discusión de sus proyectos de ley sobre seguridad pública, los *prooedimenti* como en Roma se dice, ha provocado una oposición frenética de la minoría radical y socialista que forma la extrema izquierda del parlamento italiano. Seguros de que la mayoría acaudillada por Sonnino apoyaría al gobierno y sus proyectos liberticidas, como se dice en *cliché*, los opositores resolvieron hacer *obstrucción*; y la han hecho endiabladamente. El diputado Del Balzo, apurando una sesión entera en una disertación sobre las constituciones de Esparta y Atenas y las opiniones de San Agustín y Sto. Tomás trae á la memoria de los hombres de mi tiempo aquellas sesiones del congreso que vió morir á Juárez ¿hace un siglo? en que los oradores de la coalición Lerdo-Portirista, como el doctor Buenrostro, hablaban seis horas sin interrumpirse para impedir el voto de las facultades extraordinarias.

Así hacen los diputados italianos; discursos interminables, votaciones nominales á cada momento; lo mismo. A esto la mayoría y el gobierno responden, naturalmente exasperados, como en el parlamento inglés, ni más ni menos, cuando la obstrucción paralista, con modificaciones al reglamento de debates. Y como urgía al gobierno refrendar sus leyes de seguridad que son temporales y cuya vigencia termina

en estos días, todo ha sido precipitado, porque todo era urgente. De aquí la furia; las euménides corrían de curul en curul soplando coraje en el ánimo de los diputados y al pie de la tribuna se libró el heroico combate; golpes mortales, cabezas rotas, insultos delirantes, narices aplastadas, representantes del pueblo más ó menos privados de sentido . . . La verdad es que todos estaban en este estado. Si el general Pelloux se hubiese en aquellos instantes llevado la mano á la hirsuta cabeza, de seguro que los energúmenos de la izquierda habrían gritado: «muerte, muerte, quiere hacerse rey.» Y la sombra de Tiberio Gracco se habría levantado por allí cerca, clamando: es mucho ruido este, dejadme dormir.

Italia tiene bastante vida para sobreponerse á estas calenturas de la atmósfera estival de Roma; es el impudismo socialista, no es la *malaria*.

* *

Como era de preverse, á pesar del desconcierto rabioso de la extrema derecha de la cámara de diputados en Francia, un verdadero extremo, un cabo, una punta monarquista que con gritos é insolencias, algunas veces del mismo tono y jaez que las proferidas en Auteuil contra el presidente Loubet por el grupo de degenerados holgazanes compañeros de Christiani; á pesar del enojo moderado del grupo de los ex-monarquistas recién convertidos, los catecúmenos de la República; á pesar de la oposición resuelta del grupo de liberales que regentea M. Meline, el ministerio Waldeck-Rousseau se ha impuesto. Es híbrido, incoherente y hasta inexplicable como gobierno de períodos normales; muy difícil sería y será poner de acuerdo á Gallifet y á Millerand sobre un programa de reconstitución parcial del ejército y á W. Rousseau y á Pierre Baudin sobre un programa de intervención del Estado en los conflictos entre obreros y patronos; no difícil, imposible; por consiguiente este gabinete de defensa republicana es de circunstancias, no tiene, no puede, no debe tener día siguiente. Ese día siguiente comenzará uno ó dos meses después de la sentencia del Consejo de Guerra de Rennes que dará fin oficial al asunto Dreyfus. Pero es, en toda la extensión de la palabra, el gobierno necesario de hoy; el único que por su composición podía agrupar una mayoría, heterogénea en el fondo, es claro, pero dominada por un sentimiento común del peligro que corre la República entre la hostilidad más ó menos latente de la alta oficialidad del ejército y la desconfianza de las masas electoras.

Esta situación es, con toda evidencia, y á pesar de las denegaciones de los republicanos moderados, un preámbulo de guerra civil; seguramente no hay complot y los caballeros de *Voilet blanc* que manifestaron contra el presidente parapetados tras de las deliciosas *toilettes* primaverales de las señoronas y señorinas en Auteuil, no han de ser los feroces pretorianos que saquen de los pliegues de una tapicería flamenca á Monseñor el duque de Orleans, para hacerlo rey de los franceses. Pero el complot existe en la exasperación y la fatiga de los ánimos; un accidente de esos que son inesperados, que surgen repentinamente, puede traer una nueva crisis ministerial, esta vez insoluble, la retirada de Loubet y la entronización de una dictadura militar. Esto sí es una posibilidad, sobre cuya probabilidad repentina, nadie se hace ilusiones.

Waldeck-Rousseau, que es un hombre no sólo de superior inteligencia, sino de frío y resuelto carácter, un hombre capaz de llevar un mensaje á García, como dicen ahora los americanos, el día que, durante este supremo momento en que todos se alarman y vacilan, sintiera que sobre un asunto que juzgare de primera importancia, la mayoría de la Asamblea popular le escapara, no tendría empacho en disolverla, en uso de sus atribuciones legales y de acuerdo con el Senado, y apelaría al país elector. Lo acabamos de ver: con motivo de una furiosa interpelación al ministro socialista, encaminada á hacerlo saltar de su puesto en el gobierno, el presidente del consejo intervino, habló, asumió con su gran palabra la responsabilidad de los actos de sus colegas, definió sin una sola línea esfumada ó vaga la solidaridad de los individuos del gobierno, pidió un voto de confianza, obtuvo una mayoría imponente y en el acto clausuró las sesiones de la Asamblea. Esperamos que no la convoque hasta que la sentencia del Consejo de Guerra haya sido pronunciada.

Entretanto, el general De Gallifet, á quien todos aconsejaban que suspendiese las fiestas militares del 14 de Julio, y á quien el Consejo Municipal de París había pretendido facilitar este camino con un voto en favor del descanso de los soldados en ese día, se ha negado *crânement*, así es él, á este acto de debilidad y la guarnición de París, con su nuevo jefe á la cabeza, el flamante gobernador militar Brugere ha ido á hacer los saludos marciales de costumbre al Presidente de la República, y al ministro que sostuvo con su magnífica prestantia, su reputación de primer gabinete de Francia y el prestigio del oficial herido mortalmente en Puebla, del general que substituyó á Margueritte en las horas supremas de Sedan y del terrible debelador de la Comuna anarquista de París, lo que no ha sido parte á privarlo de los aplausos entu-

siastas de las multitudes que se aglomeraban en Longchamps.

Un buen día para la República, en suma. Y un buen rato el que deben de haber pasado los respetables comisarios que conferencian en La Haya, al leer hace pocos días el telegrama del Emperador Guillermo II á M. Loubet, después de su visita al buques-escuela francés. Eso, y la correcta acogida que la expresiva manifestación del joven soberano ha hallado en la prensa francesa, ha hecho ver cuán profundamente van cambiando las cosas; hace diez años, un presidente francés que hubiese dado al Emperador de Alemania las gracias en los términos que M. Loubet lo ha hecho, habría tenido que dimitir al día siguiente. Hoy no; y la causa de la paz ha avanzado más con esto que con los *memorandums* eruditos de los nuncios reunidos á la graciosa sombra de la Reina de Holanda.

Justo Sierra

EL 14 DE JULIO.

Quien quiera formarse idea exacta de la riqueza y magnificencia de París, quien se proponga medir la amplitud de las vibraciones y de los transportes del entusiasmo, quien quiera darse el incomparable espectáculo de una inmensa masa humana, animada de un sentimiento noble y grandioso, debe ir á París y asistir á la gran fiesta nacional francesa.

El 14 de Julio es un símbolo, el de la emancipación y de la redención humanas. A la luz de la filosofía de la historia la toma de la Bastilla es un hecho relativamente insignificante. Propiamente hablando, la Bastilla había sido tomada mucho antes. Buenos años hacía que el tirano se desentendía de su papel. Los calabozos estaban vacíos y las LETTRES DE CACHET eran ya puramente un mito. Marat mismo se ha encargado de demostrarnos con documentos incontestables que no hubo tal asalto y que la fortaleza fué entregada por sus guardias y no tomada á viva fuerza por el pueblo. Pero en todo caso, al apoderarse de la Bastilla, por bien ó por mal, el pueblo parisiense derribó un símbolo material y viviente, si bien ya inofensivo, de la pasada tiranía. Su triunfo, antes que material, fué moral; el golpe, precisamente por ser teatral, impresionó el espíritu francés y ese solo episodio creó más revoluciones que toda la filosofía de Rousseau y todas las arengas incendiarias de Danton y de Camilo Desmoulins.

La Francia republicana, hija legítima de la idea revolucionaria de 89 y de 93, dió pruebas de singular acierto al elegir entre todas esa fecha para conmemorar el advenimiento de la libertad.

Para celebrar tan fausto suceso, la Francia toda y especialmente París se visten de gala. El pabellón nacional ondea en los palacios como en los tugurios. El gas y la electricidad deslumbran la vista en las fachadas de todos los edificios públicos y privados. Córtanse á porfía todas las flores de las campañas, despuéblanse los invernaderos de sus maravillosos y extraños ejemplares, codeanse las orquídeas más extravagantes con las más humildes violetas y la riqueza y el gusto se disputan los honores de aquella decoración sobrehumana. La Plaza de la Concordia cife su gargantilla de luminosas perlas, el Arco de Triunfo y el Trocadero perfilan con la luz en el espacio los lineamientos de su arquitectura, el terrado de las Tullerías se corona con las luces multicoloradas de los fuegos artificiales como diadema de zafiros y rubíes, atruena el estampido del cañón los aires, LA VOZ DE DIOS se eleva imponente y magestuosa en medio de aquel oceano de luz, surcan el Sena multitud de barcas empavesadas y vibran las azules ondas del río con el eco de las orquestas y de los cantos como en una fiesta veneciana; resucitan todos los esplendores de las satrapías orientales y de todas las fantasías de los principados italianos medievales; sola la estatua de Strasburgo, velada, enlutada, cubierta de fúnebres coronas permanece muda, taciturna y triste esperando el día de la anhelada emancipación.

Entretanto, allá en medio del campo, en el centro de un panorama incomparable, al aire libre y bajo un sol esplendente, desfilan todas las fuerzas vivas y todas las esperanzas de la Francia. El ejército francés regenerado va á ostentar su disciplina, su porte marcial, sus brillantes atavíos y su formidable armamento ante el gobierno y ante el pueblo. Los regimientos más selectos de todas las armas, infantes, dragones, artilleros, de gran gala, rígidos y altivos bajo el uniforme que los honra, van á demostrar al país que aún vive la Francia y que aún es capaz de hechos heroicos.

La multitud amontonada en las tribunas ó diseminada por valles y collados espera ansiosa aquella imponente manifestación. A lo lejos, en los linderos del bosque, á lo largo de las calzadas, en los puentes que atraviesan el río, todo es brillo de sables, de cascos, de corazas, y flamear de estandartes; las negras baterías de Bange y de Canet, insectos colosales y

negros, alargan sus cuellos desmesurados y entrecierran sus fauces cavernosas como husmeando un enemigo invisible. Aquello es un campo de batalla, y sin quererlo y sin darse fe ello cuenta, se experimenta el calorífico que precede al combate.

Suena derrepente el clarín anunciando la llegada de los Presidentes de la República, de la Cámara y del Senado. Todo Longschamps se extremeca y de medio millón de bocas se escapa un formidable grito: «¡Vive la France!» Las baterías rompen sus fuegos de salva; las músicas tocan vigorosamente la Marsellesa, y la colosal serpiente, toda escamada de acero y envuelta en nubes de humo y polvo se pone en movimiento.

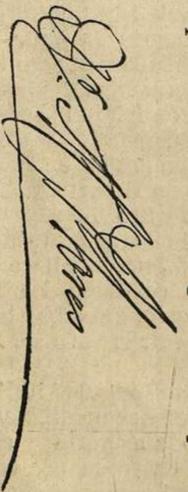
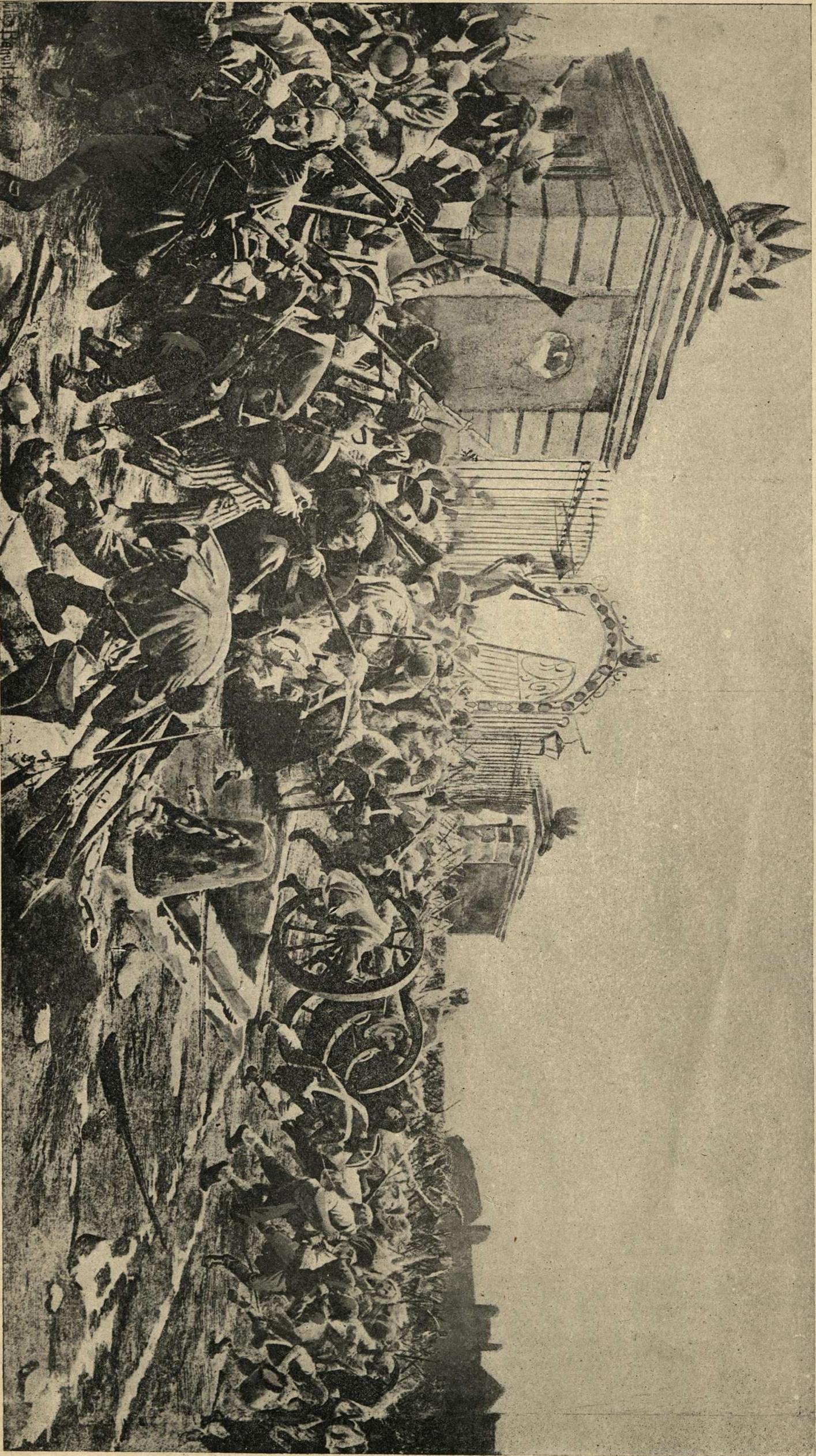
El desfile es incomparable y encuadrado en aquel vasto y pintoresco panorama, parece un sueño de combate y de gloria.

Los regimientos se alargan interminables, en columnas de compañía; á la cabeza de todos va la Escuela de Saint Cyr, almáico de todas las futuras glorias militares de Francia. Al ver desfilar alineados, correctos, erguidos á todos esos niños imberbes, llamados á no sé qué grandes destinos, el entusiasmo de la multitud raya en locura. El pueblo saluda á los zuevos, á los territoriales, á las fuerzas coloniales, pintorescas bajo sus uniformes exóticos, á los coraceros que se hicieron diezmar en Reischaffen y en Sedan, á los compañeros heroicos, pero desgraciados, de Abel Douay y de Margueritte, á la Guardia Republicana, heredera del renombre de la Guardia Imperial.

La artillería, en columnas de batería, atraviesa á todo galope el campo de maniobras sin que ni el encuentro de un caballo ni la boca de un cañón salga un milímetro de la línea. Las caballerías después de haber desfilado se alinean á un kilómetro al frente de las tribunas formando una doble línea compacta de cerca de media legua. Al acabar el desfile, á una voz y sin perder su alineamiento, se precipitan á todo galope sobre las tribunas simulando una carga y se detienen sable al aire, jadeantes, magníficas, á algunos metros de la tribuna presidencial. Apenas se

conoce que los cuadros prusianos hayan podido resistir y dominar aquella formidable avalancha humana.

Al terminar aquella imponente ceremonia se adquiere la perfecta convicción de que la Francia es no sólo grande, sino también fuerte y de que está preparada para las terribles emergencias del porvenir.

LA JORNADA DEL 14 DE JULIO DE 1789.

Cuadro de J. Benoit-Lévy.

UNA LECTURA MEMORABLE.

En mis primeras mocedades, cuando contando más de doce otoños no completaba diez y seis, tenía una afición extraordinaria á la lectura de entretenimiento; las novelas eran mi pasión dominante en esos mis tiernos y felices años. Andaba siempre á caza de ellas: su amena lectura me curaba del tediosísimo Nebrija y del incomprensible Bouvier. Excuso decir que mi afición á esos libros nada tenía de estudiosa; su lectura era para mí de mero pasatiempo, nada sabía en esa época de principios literarios ni en mi mollera había un sólo grano de eso que puede llamarse criterio estético; nunca pasó por mis mientes la idea de juzgar el libro que estaba leyendo, ni siquiera me fijaba en el nombre del autor que con los partos de su ingenio llenaba el vacío de mi ocio, y quizá mi simplicidad llegaba á tanto que mi inteligencia en agraz no hubiera podido formarse una idea exacta de lo que es un autor de novelas.

Entretenimiento y más entretenimiento era lo único que yo buscaba en mis asiduas lecturas: me hoigaban las narraciones estupendas; me suspendía el relato de odiosas y bien manejadas intrigas; me parecían de perlas aquellas relaciones de crímenes abominables con tanta sangre fría concebidos, con tanta resolución ejecutados, y descubiertos después con tanta perspicacia. Como nada me percataba yo entonces de sucesión de siglos, de distinción de épocas sociales, y del continuo cambio de ideas y de costumbres cuyo conjunto constituye la evolución humana, creía candorosamente que aquellos sucesos acaecían en realidad, sólo que se representaban en escenario más privilegiado, más rico, y mucho mejor decorado que el tranquilo recinto de mi humilde ciudad natal.

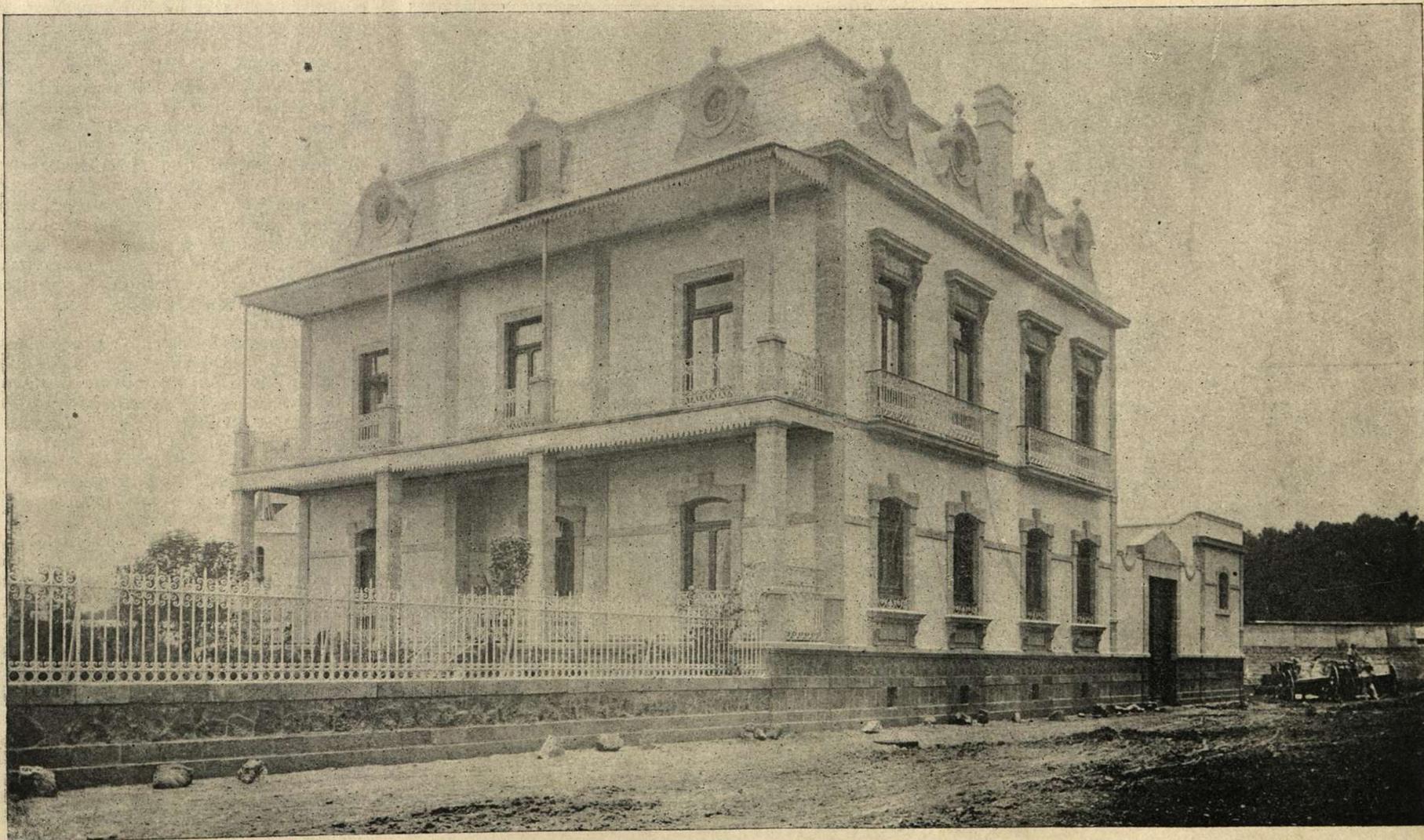
No era posible que por las pacíficas calles de la corta ciudad en que transcurría mi infancia, transitaran misteriosos embozados, las casas de los moradores de aquella villa tranquila nada tenían de muradas fortalezas, no encontraba por más que los buscaba ni los fosos, ni los puentes levadizos, ni siquiera la aita y enrejada ventana por donde en las altas horas de una noche de luna, asomase, eclipsándola, la blanquísima faz de una dama semejante á las heroínas de las novelas que yo leía; pero estaba persuadido de que pasando las montañas que limitaban el horizonte de mi ciudad natal y caminando muchas, muchísimas leguas, se podría llegar al país de los prodigios, á la región de las hermosas quimeras, á la tierra fértil en estupendas aventuras, á una comarca, en fin, donde pasasen como cosa corriente sucesos semejantes á aquellos cuya narración me deleitaba tanto.

En mi pequeña ciudad no abundan los libros; había agotado cuanto de novelas contenía la limitada biblioteca de mi abuelo, y cuanto del mismo género tenían mis conocidos y amigos; me había echado á

MEXICO MODERNO.



CASA DEL SR. HARTMAM.—CALLE DE LAS FUENTES BROTTANTES.



CASA DE LA VDA. DE D. JOSE MARIA DEL RIO.—CALLE DE LAS FUENTES BROTTANTES.

cuestas casi todas las de aquel novelador fecundo, las de aquel narrador mágico que se llamó Alejandro Dumas, hablo del padre, que el hijo no salía aún de las mantillas literarias, ya había recorrido de cabo á rabo sus generaciones interminables de sucesos novelescos. "Los tres mosqueteros" "Veinte años después," "El Visconde de Bragelonne," "Las memorias de un médico," "El collar de la reina," "Angel Pitou," "La condesa de Charny," "El caballero de Casa Roja," ó como si dijéramos, había conocido la novela bisabuela, la abuela, la madre, la hija y aún la nieta, y ya casi no me quedaba que leer.

Ansioso como caminante extraviado que busca el sendero, corría en pos de nuevas novelas más escasas cada vez, cuando uno de tantos días tropiezo con una lectura extraña, estrambótica, extravagante; en nada se parecía á lo que yo había leído, y sin embargo, me causó hondísima impresión: cosa extraordinaria; en mis lecturas anteriores sólo encontraba el fútil placer de seguir el hilo de la narración, y en el libro á que me refiero no sólo hallé sabrosísimo gusto, aunque de una índole extraña, sino que me hizo pensar, me hizo sentir el contacto de la realidad, y por la primera vez de mi vida adquirí en sus admirables páginas una idea aproximada de lo que es la vida real.

Todo en ese libro me pareció desudado, fuera de lo común: su tamaño, su pasta, su papel, sus caracteres tipográficos, sus ilustraciones y lo que representaban, y sobre todo su contenido tan diverso de cuanto yo conocía hasta entonces y que me causó una impresión que no pude definir. Los libros que yo había leído eran voluminosos, estaban empastados á la holandesa; su papel era blanquísimo, terso y lustroso, y lo impreso estaba dividido en pequeños párrafos; las ilustraciones de esos libros consistían en imperfectos grabados comparados á los "clichés" de nuestros periódicos, y lo que esas ilustraciones dibujaban, eran duelos entre denodados espadachines, era un bandido, ó un asesino que como cruenta ave de rapiña caía sobre la descuidada víctima, ó una dama privada de sentido que era llevada en brazos de un caballero de larga espada colgada al cinto y de sombrero emplumado encasquetado á la cabeza.

Nada de esto había en el librito raro que me encontré: era un pequeño volumen, su pasta estaba forrada en fina piel, sus hojas eran de un papel tieso que tiraba á pergamino, el texto, impreso en diminutos y correctísimos caracteres, se dividía en largos períodos, no en cortísimos párrafos.

Y las ilustraciones muy notables, tanto por la limpieza del dibujo como por lo extraño de las composiciones; en todas sus láminas había un escuálido personaje, caballero en un rocín flaquísimo y un grueso rústico siempre acompañado de un mansísimo borrico, los personajes secundarios eran venteros, arrieros, ú otra gente menuda y las escenas representadas tenían más de comedia ó de sainete que de tragedia,

haciendo reír mejor que temblar. Ya eran granizadas de piedras que llovían sobre el pobre hidalgo, ya era el labrador rústico que desnudo de medio cuerpo arriba azotaba sin piedad los árboles de un bosque, mientras que allí cerca el armado escuálido estaba en cucullas pasando por las manos las cuentas de su rosario: en otra el avellonado hidalgo y su barrigudo acompañante se destacaban en primera línea en la situación más extraña, pues con los ojos vendados montaban un tosquísimo caballo de palo, mientras en su derredor se veían gentes que con hachas encendidas ó con fuelles se burlaban lindamente de aquel par de simples.

Respecto al contenido de aquel libro maravilloso, ¿qué podré decir, sino que á pesar de mis tiernos años y de mi falta de gusto literario, me pareció bellísima y me impresionó profundamente? ¿Y cómo nó? si aquel libro que un feliz azar trajo á mis manos era el «Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.» Pasó el tiempo, avancé en mis estudios, pude explicarme la rara impresión de que he hablado: supe que ese libro era considerado como una de las más esclarecidas producciones del ingenio humano; supe que las naciones civilizadas llevan más de dos siglos y medio de leerle, de aplaudirle, de admirarle, de anotarle, de comentarle; supe que había sido traducido á todas las lenguas cultas y que se habían hecho de él incontables ediciones. Por lo que supe y por lo que me pasó cuando sin instrucción le leí, colegí que su principal mérito es: regocijar al ignorante y al sabio, al adolescente, al adulto y al viejo, en hacer discurrir al iliterato y en inspirar profundas meditaciones al erudito y al pensador. Como seduce el sol con su brillo, tanto al rudo campesino para quien no es más que un disco de fuego, como al sabio astrónomo que ha medido, que ha pesado, que ha analizado ese grandioso centro de nuestro sistema, el glorioso libro de Cervantes lo mismo admira á los que nada saben que á los hombres del más profundo saber.

He leído libros calificados unánimemente de obras maestras: como la «Divina Comedia,» el «Paraíso perdido,» «La Mesiada, el «Fausto,» las tragedias de Shakespeare y otras obras monumentales; pero al leerlas mi espíritu iba dispuesto á admirar, pesaba sobre él la opinión de los hombres, no se encontraba ya virgen de doctrinas literarias y libre de toda autorizada opinión como cuando leí «El Quijote,» ni sabía, ni me importaba saber que era un gran libro. Reconocer el mérito extraordinario de aquellas obras maestras de la literatura fué en mi fruto tardío del estudio, mientras que el del Quijote saltó á mis ojos sin que lo impidiera mi ignorancia.

PORFIRIO PARRA.



EL PRESIDENTE KRÜGER Y EL GOBIERNO DEL TRANSVAL.

Ya tienen conocimiento nuestros lectores del conflicto existente entre el Gobierno británico y el de la República del Transval sobre las franquicias que demandan los ingleses residentes en la región minera de ese país. La cuestión en substancia se reduce á que los Uitlanders pretenden ciertas franquicias políticas con las cuales se harán dueños del país, pues su número, la riqueza con que cuentan y el carácter emprendedor y ambicioso los hacen con mucho superiores á los genuinos ciudadanos del Trausval.

No obstante lo infructuoso de las conferencias celebradas entre Mr. Krüger, presidente del Transval, y Mr. Milner, representante del gobierno inglés, el gobierno de Pretoria hace lo posible por contentar las aspiraciones de los Uitlanders y de una ú otra manera es seguro que éstos acabarán por absorber á los Boers tragándose el país cuyo oro tienen y cuya dominación adquirirán por buenas ó por malas, apoyados como están por un gobierno ante el cual toda resistencia, por heroica que sea, de los transvaleses, no producirá otro resultado que acelerar la agregación de esa República al vasto Imperio Británico.

Ultimamente ha surgido un incidente nuevo en esta cuestión. Los americanos que por sangre y simpatías están dispuestos á aliarse con los ingleses [nos referimos á los americanos que residen en la República Sudafricana,] recibieron la orden de alistarse y tomar las armas en defensa del país para la emergencia de una guerra contra Inglaterra. Naturalmente la altiveza americana no ha hecho esperar mucho tiempo la respuesta al Gobierno de Mr. Krüger el cual no podría esperar nada favorable de los norteamericanos que tomen las armas si á ello se les obligara, pues las volverían contra el mismo que las pusiera en su mano.

En nuestras ilustraciones se ve la figura bíblica (de biblia protestante) de Mr. Krüger vestido á la usanza, que no es muy parisiense, de los valles sud africanos, habitados por virtuosos pastores tudescos, tradicionalistas y pacíficos sin dejar de ser muy valientes cuando llega la ocasión,—hasta el día en que un prospector britano descubrió prodigiosos bolsones de oro, atrajo la inmigración inglesa y norteamericana y encendió la codicia del gran imperialista Mr. Rhodes, quien ya quisiera ver desbaratado hasta el nombre de la República.



PALACIO DEL GOBIERNO EN PRETORIA.



EL COMANDANTE MARCHAND ACLAMADO POR EL PUEBLO EN THOISSEY.

La vuelta de Marchand á su ciudad natal.

La prensa inglesa ha hablado también, aunque en tono de crítica, menudeando observaciones irónicas sobre la vuelta de Marchand. El *London News*, entre otros periódicos que hablan del asunto, dice que en los festejos con que se ha recibido al explorador, hay más deseos de sacar á plaza las pretensiones francesas á los territorios dominados por Fashoda, que admiración por el ilustre viajero. Hay un engaño en esta opinión: muy bien puede ser que el público francés aproveche las demostraciones al héroe del día para lanzar uno que otro venablo envenenado contra la victoriosa y odiada Inglaterra; pero también es cierto que el pueblo de la capital y del mediodía de Francia ven en Marchand un ídolo, un glorioso vindicador del maltrecho ejército y un nombre que oponer á los que después del sesgo que ha tomado el asunto Dreyfus enarbolan en sus pendones de combate los partidarios del elemento civil y los que no se resignan á que caiga el país en manos de un César militar.

No puede negarse que á pesar de sus impetuosidades, el público francés no aprovechó los festejos de la recepción de Marchand para entregarse á desahogos peligrosos, tanto desde el punto de vista de un conflicto internacional como en lo relativo á las difíciles y angustiosas luchas interiores.

El Mayor Marchand desembarcó en Tolón el 1.º de Junio, y al llegar á París se le recibió oficialmente en el Ministerio de Marina, acompañándolo el Ministro de ese departamento y el de las Colonias al Eliseo, en donde M. Loubet le dió el parabién por sus atrevidas cuanto poco fructuosas exploraciones. Se le han colgado al pecho cuantas medallas puede llevar, y es seguro que pronto se le dará algún puesto colonial ó administrativo de importancia. Las sociedades geográficas no sólo de París, sino de Londres y de las otras ciudades europeas importantes, se disputarán el honor de recibirlo como conferencista de moda.



EL COMANDANTE MARCHAND. (DE UN RETRATO PUBLICADO EN INGLATERRA.)

Entretanto, el Mayor Marchand ha querido hacer una visita á la ciudad de Thoissey, en la que era, cuando emprendió su viaje á las Colonias, humilde amanuense de notario. Entró triunfalmente á Thoissey en coche descubierto, acompañado por su padre y por el Alcalde de la ciudad, saludado por la reglamentaria Marsellesa, que ejecutó la fanfarria de la que en otro tiempo formó parte, y aclamado por sus paisanos. En el Palacio del Ayuntamiento se le puso otra condecoración, la del *Valor Militar*, en nombre del pueblo y una medalla que le ofreció la Unión Patriótica del Ródanc.

Al dirigirse al lugar en que se le dió un banquete de 1,400 cubiertos los estudiantes lyoneses, pretendieron desprender el tiro de caballos del landau, llevándolo ellos mismos en peso. Nada faltó en la fiesta, y como es de rigor, ya corren por ahí las anécdotas más ó menos conmovedoras como el saludo que dirigió el amanuense á su antiguo patrón el notario, quien presenciaba con su familia la gloriosa ovación que se le hacía al que años atrás recibió más de una reprimenda por sus descuidos caligráficos, cuya causa hoy se conoce, pues el joven aprendiz de notario se distraía de sus obligaciones soñando con viajes y aventuras coloniales.

También se cuenta otra anécdota, en la que la generosidad del Mayor Marchand se discutiría si todos tuviesen presente que el desinterés no es sincero sino cuando, como dice el Evangelio, la mano izquierda ignora la dádiva que hace la mano derecha. Pero sea como fuere, el hecho es que los 15,000 francos que le otorgó como premio la Sociedad de Ciencias Morales y Políticas, pasaron por donativo del Mayor Marchand á las cajas de la Liga Marítima Francesa.

De vuelta á París, el Mayor Marchand ha visto aumentar en vez de disminuir el entusiasmo con que lo aclamaban las multitudes. En las fiestas del 14 se presentó en la Revista de Longchamp, montando soberbio caballo y seguido de una escolta sudanesa. Como era de esperarse, lo saludaron con frenéticos aplausos que no cesaban sino hasta que se perdía á lo lejos.

UN PRINCIPE REAL EN EL POLO NORTE.

S. A. R. el Príncipe Luis de Saboya, Duque de los Abruzzos, sobrino del Rey de Italia, é hijo de Amadeo ex-Rey de España, emprende una conquista pacífica, la del Polo Norte.

Tiene 26 años el nuevo explorador, es Capitán de Fragata y ha dado dos veces la vuelta al mundo.

Su aspecto no indica la fuerza física requerida para estas aventuras. Aunque si nos atenemos á las pruebas de resistencia y de valor que ha dado, á nadie causará extrañeza que quien intentó y llevó á cabo la ascensión al Monte de San Elías de Alaska, sea capaz de invernar entre los hielos polares, y de inscribir su nombre y clavar la bandera italiana en el punto más avanzado de las regiones árticas.

El nombre de sus compañeros cuyos retratos damos también porque van á ser famosos y muy comentados dentro de poco, son el ayudante del Príncipe, Capitán de Corbeta Humberto Cagni, oficial valiente é instruido; el Teniente de navío, Conde Quarini, cuyos conocimientos filológicos de poco le servirán en el Polo Norte como no le sirvieron en la guerra de Cre-



DUQUE DE LOS ABRUZZOS



TENIEETE QUARINI.



CAPITAN HUMBERTO CAGNI.



DOCTOR CAVALLI, DE LA MARINA REAL DE ITALIA.

Los cometas de papel y la meteorología.

M. Camilo Flammarion, el poeta de la Astronomía, dijo alguna vez, hablando de los pronósticos sobre fenómenos meteorológicos, que todos los que se hicieran tenían que resultar forzosamente fallidos, ó si se cumplieren, sería debido á la casualidad y en ningún modo á la ciencia. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que ha sido imposible estudiar los fenómenos atmosféricos de una manera extensa, general y profunda para descubrir y codificar las leyes que rigen su producción y que indudablemente deben existir, puesto que en la Naturaleza nada sucede caprichosamente.

El Rey de la Creación, á pesar de su majestad, está arraigado á la costra terrestre por la doble tiranía de la pesantez y de la debilidad de sus pulmones. De manera que el hombre no conoce de las capas atmosféricas sino una porción ínfima y precisamente la más alterada y modificada por su contacto con el mundo animal á cuya existencia subviene.

De tiempo en tiempo suele lanzarse valiente y osadamente el hombre á la conquista del aire y de sus secretos; pero la más gráfica y lastimosa de las caídas le recuerda que desde Icaro hasta la fecha, todas las

tentativas que la especie humana ha hecho para enseñorearse del espacio, han tenido el mismo fin y remate: perder las alas cuando menos.

Y Flammarion sabe mucho de esto, como que es uno de los aeronautas más osados que por arrancarle á la atmósfera sus misteriosas leyes, ha expuesto innumerables veces la existencia en peligrosas ascensiones, sin lograr otra cosa que el convencimiento de su impotencia lealmente confesada.

En efecto, para llegar á un resultado práctico sería preciso que en un mismo momento ascendieran incontables aeronautas en toda la superficie del globo, para realizar observaciones simultáneas del estado de la atmósfera, muchas veces en medio de las más rudas tempestades, y esto, particularmente la ascensión en momentos tempestuosos, es perfectamente imposible para su majestad el hombre.

Sin embargo, no es tan irónica la majestad humana, puesto que tan maravillosamente sabe suplir á la debilidad de su carne con la incontrastable fuerza de su espíritu. No puede reorganizar en persona la hazaña de recorrer y escudriñar el espacio, pero inventa aparatos insensibles á la inclemencia de las altas regiones atmosféricas, victoriosos de la pesantez y que con toda fidelidad vienen á contarle lo que sucede en un mismo momento, y en mil lugares á la vez, y á millares de metros sobre la superficie de la tierra, y aun cuando reine la más furiosa tempestad.

Actualmente la meteorología ha roto las cadenas del empirismo para entrar de lleno en la experimentación directa, substituyendo las hipótesis con hechos.

Para las observaciones de 3 á 18,000 metros se mandan los globos SIN AERONAUTA, pero provistos de toda clase de instrumentos registradores automáticos, de manera que á su regreso traen las temperaturas, las presiones, la dirección y fuerza de los vientos, muestras de aire y vistas fotográficas de lo que vieron metro á metro del espacio recorrido por ellos, el que también viene registrado en una brújula adecuada.

Para las alturas menores de 3,000 metros, se mandan cometas ó papalotes, provistos de iguales medios de observación, cuyos modelos damos, y á los cuales se deberá que en tiempo no lejano ya no se hagan los calendarios con pronósticos del tiempo como los usuales: «tal día lloverá... ó no lloverá.»

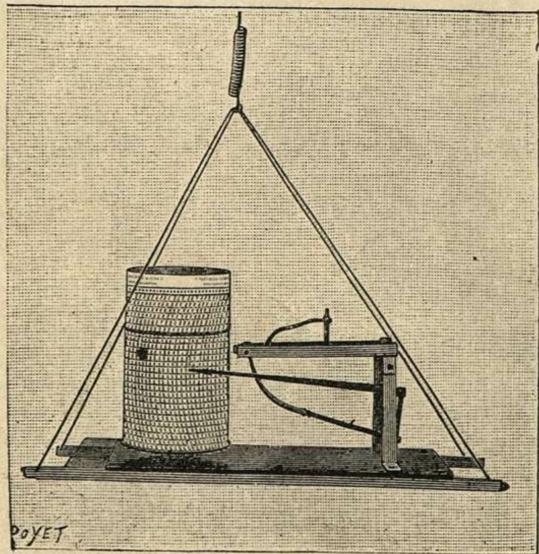
ta en la que se distinguió por su valor y sangre fría, y por último, el Dr. Cavalli, médico de primera clase de la Marina Real de Italia.

El Duque dirigió personalmente y con sumo cuidado los preparativos.

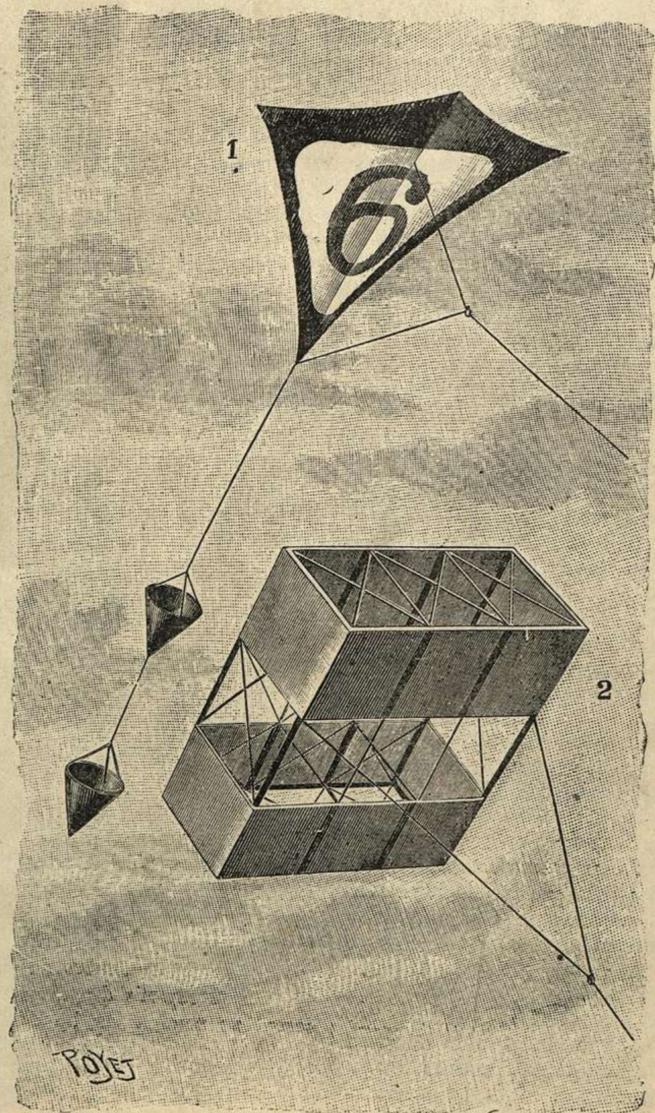
Tripulan su buque, la «Estrella Polar,» dos marineros italianos de larga experiencia, cuatro guías de montaña, diez marineros noruegos que conocen los mares del Norte, y un esquimal que sabe dirigir los perros de los trineos. Lleva además veinte perros de Arkangel.

En cuanto al equipaje se compone de 1500 cajas de encino que contienen vestidos, víveres é instrumentos científicos, y dos globos con sus aparatos de gas contruidos en París.

La «Estrella Polar» levó anclas en Cristianía el lunes 12 de Junio. Después de abordar á la tierra de Francisco José, el Duque de los Abruzzos procederá por etapas, marcando su ruta con postes que le servirán de indicación para la retirada en caso de fuerza mayor. Calcula que su expedición durará tres años.



INSTRUMENTOS REGISTRADORES DE LOS COMETAS.



COMETAS OBSERVATORIOS.



Hernán el Lobo.

I

En solitaria y eminente roca de los montes cantábricos, altiva rasga el espacio y en las nubes toca vieja torre feudal. La peña viva de donde arranca el resistente muro con tan difícil corte el paso tierra, que no existe castillo más seguro coronando los riscos de la sierra.

II

El peñón que le sufre, en dos partido por un extremo está, cual si de un tajo en formidable lid le hubiera hendido el hacha de un titán, de arriba abajo. Silvestre helecho y trepadora hiedra los bordes cubren de la herida piedra, por cuya enorme cavidad sombría surge espantable y prolongado grito, como si aquella mole de granito se doliese del golpe todavía.

III

Es la voz del torrente fragoroso que se despeña de escarpada altura, y al pasar por la estrecha cortadura, del castillo feudal, muralla y foso, se arremolina, se retuerce, choca y salta, enfurecido y espumoso como el mar por las quebras de la roca. Cuando acrecienta su raudal la nieve que derretida de las cumbres baja, y los cimientos sólidos conmueve del cerro, y piedras y árboles descuaja, ante aquel espectáculo sublime

retumba el eco, la montaña gime, con medrosa inquietud la res salvaje escapa sin cesar de risco en risco, se oculta la avejilla entre el ramaje, en su cueva el reptil, hasta en su aprisco la oveja se acobarda, y solamente el águila caudal, cuya pupila sonda la inmensidad, vuela tranquila sobre las turbias aguas del torrente.

IV

El castillo, elevándose imponente, como un fantasma en el picacho escueto y sobre el negro tajo por do corre revuelto río, el levadizo puente con cadenas fortísimas sujeto, como un esclavo á la almenada torre, todo infunde en los ánimos respeto. Resalta el ancho y ostentoso escudo sobre la puerta gótica, en la parda piedra por toscas manos esculpido, y de pie en el umbral siniestro y mudo, vigila el puente y sus contornos guarda un soldado con aire de bandido. Aumentan el misterio y la pavora de aquel lugar inexpugnable y rudo, la monótona voz del centinela, que las traiciones de la noche obscura siempre temiendo, sin descanso vela; y en bandadas los cuervos agoreros, que, al volver de los próximos pinares, buscan las hendiduras y agujeros de aquellos murallones seculares.

V

Era una tarde de Noviembre, helada como la mano de la muerte; espesa niebla cumbres y valles envolvía, y estaba el monte sumergido en esa confusa claridad, tenue y velada como el vago crepúsculo del día. Tan débil era y apagado el brillo de la pálida luz, que compartía su imperio con la sombra; á sus reflejos amortiguados, en el fondo oscuro de la sala espaciosa del castillo, se destacaban sin color los viejos y anchos sitaliaes de tallado roble que adornaban la estancia, y en el muro relucían los bélicos arneses, el férreo casco, el colosal mandoble, bruñido escudo y rígida coraza, junto á la armada testa de las reses que el personal valor cobró en el noble y arriesgado ejercicio de la caza. De propincuo lugar, como el ornato principal del salón, cueiga un tablero donde inhábil pincel trazó el retrato del magnífico y alto caballero, glorioso tronco de la ilustre casa, y enfrente de él en su sillón de cuero, con los pies arrimados á la brasa que dejó en el hogar ardido tuero, manchado por la crápula y el robo el Señor del castillo, *Hernán el Lobo*, como le llama el general espanto, ahogando estaba su conciencia en vino. Y no muy lejos su afligida esposa hilaba sin hablar, deshecha en llanto, el rubio copo de encarnado lino.

VI

Mil amargos recuerdos en profuso tropel cansaban su memoria, en tanto que entre sus dedos resbalaba el huso. ¡Con qué dolor! pero también ¡con cuánto enamorado afán clavaba ansiosa sus húmedas pupilas de hito en hito, en la faz descompuesta y borrascosa de aquel malsín que embruteció el delito! Y él, insensible á todo, el cuerpo laso, balbuciendo palabras desacordes, y una vez y otras cien vaciando el vaso lleno de añejo vino hasta los bordes, con el rostro encendido, la mirada atónita y vidriosa, el sentimiento anonadado y la razón turbada, mezclando sin cesar un juramento á su insensata y bronca carcajada, ni aún reparaba en la infeliz aquella que á su maldad encadenó el destino para amarle y llorar, sola en el mundo; víctima desdichada que atropella indiferente y fiero en su camino, como la flor de las alturas huella el oso montaraz. ¡Con qué iracundo y bárbaro desdén Hernán la abraza! Mas ¡ay! hundida en su mortal congoja, sufre en silencio y cual la flor, perfuma el pié que torpemente la deshoja.

VII

¡Oh! ¡si supiera odiar!... Pero no sabe. No sabe, no, su espíritu sereno lo que es rencor, ni en su apacible seno la ruin pasión de la venganza cabe. En medio del horror que la rodea, tan sólo el bien su corazón desea, y cual la nieve que en la excelsa cima conserva immaculada la blancura, cuanto más su conciencia se sublima, más se destaca inalterable y pura. ¡Cuán suave y delicada es su hermosura! Como el murmullo de los bosques, grata suena su dulce voz: la misma queja en sus labios de rosa es un halago. Toda el alma en sus ojos se retrata, que su pupila transparente deja escudriñar el fondo, y como un lago la luz del cielo en su cristal refleja. Haz de rayos de sol es su cabello, que al deshacerse en ondas, ilumina los nobles hombros y el desnudo cuello. Mas ¡ay! ¿por qué misterio que no alcanza la mente á descubrir, tan peregrina beldad, pone su gloria y su esperanza en una bestia indómita y jañina? Busca el contraste el corazón humano con insaciable sed: la tierna Aurora cede á esta inclinación que la domina. En sus noches de insomnio intenta en vano torcer su voluntad, y gime y llora; bien conoce que es pérfido, y tirano, y codicioso Hernán; pero le adora. Le adora, y sigue con amargo duelo, cual hoja seca que arrebató el río, por do la lleva su pasión bastarda. Mas ¿cómo no, si hasta en el mismo cielo tiene el sér de la tierra más impió un ángel que, ante Dios, le escuda y guarda?

VIII

Hora de los recuerdos, que en las frías noches en que el pesar nos enajena, con las gratas memorias de otros días no endulzas, sino agrava nuestras penas; tú, cuya voz como invisible espada nos llega al corazón, ¿qué la decías? ¿No despertaste en su abatida mente las muertas dichas de la edad pasada como una angustia más de la presente? ¡Ay, sí! Que alguna vez, la infortunada, evocó, sollozando, en la infinita desolación del alma que la aqueja, los breves goces de la ansiada cita en que gentil, apasionado y tierno Hernán, al pie de la importuna reja, rendido le juraba amor eterno. ¿Cómo negar el merecido pago á su ruego ardoroso? ¿Cómo, esquivo, volver el rostro al insinuante halago, y cómo resistir á su embeleso, si eran en él cada mirada un vivo rayo de luz y cada frase un beso? Todas las tardes, cuando en la alta sierra desmayaba del sol la roja lumbre, solo y á escape en su corcel de guerra, al través de la lóbrega espesura Hernán ganaba la ríscosa cumbre. Sin que estorbaran su certero tino, ni el sitio agreste, ni la sombra oscura, seguro de sí propio y del caballo, volaba, como raudo torbellino, salvando abismos y cruzando breñas, entre las chispas que arrancaba el callo del ágil bruto á las cortantes peñas, para lanzarse, al fin de su camino, con el impulso desatado y ciego con que desborda la corriente brava, allí donde ella, en contenido fuego, tímida y palpitante le esperaba. ¡Qué sueños! ¡Qué coloquios! ¡Qué arrebatos! ¡Qué éxtasis de pasión! ¡Qué horas aquellas tan venturosas ¡ay! como fugaces! ¡Con qué fe renovaban, insensatos, á la indecisa luz de las estrellas, sus tiernas riñas y sus dulces paces! ¡Cuántas veces la luz de la mañana, ni aguardada por ellos ni sentida, inundando de pronto la ventana, puso fin á su larga despedida! ¿Cómo no comparar la pobre Aurora, en la noche terrible de su vida y en el tedio mortal que la devora, el bien soñado á su desdicha cierta? Y ¿cómo no llorar, si su esperanza, como paloma á quien el hierro alcanza, desde el cielo al abismo cayó muerta?

IX

Aquel Hernán que despertó en su seno amor tan infeliz y tan profundo, estaba allí, como el reptil inmuado que se ravelca en pestilente cieno, abrumado de crímenes, beodo, sin luz en la razón, sin fe en el alma, y tranquilo quizás. . . ¡No! que entre el lodo jamás conserva el corazón su calma. ¿Quién tiene de los réprobos la clave? ¿Engendran las blasfemias en su boca la impiedad ó el espanto? ¡Dios lo sabe! ¡Nada hay estéril en el mundo! Crece el musgo humilde en la desnuda roca, entre hielos el liquen aparece; arraiga el pino en la rasgada grieta que abre la lluvia en el peñón tajado, sobre las tumbas el ciprés vegeta, y el miedo en la conciencia del malvado.

X

¡Cuán honda, cuán fatídica tristeza inspira aquel salón! Encenegado el licencioso Hernán en su torpeza, y ella entregada á vanos desvaríos, juntos están en soledad medrosa, como dos muertos que en la misma fosa yacen mudos, inmóviles y fríos.

XI

De pronto, con estrépito la puerta abrióse, y un pastor recio y membrudo, de torvo rostro y de expresión incierta, penetró en el salón. Rústico sayo de pieles sin curtir, con tosco nudo ceñido á la cintura, era su traje. Paróse en el umbral, miró al soslayo con la inquietud curiosa del salvaje, y luego, destacando su cabeza, enmarañada como bosque espeso, avanzó hacia Fernán. La triste Aurora disimular no pudo bajo el peso, de su terror, la femenil flaqueza,

y aturdida quedó, cual queda el ave al sentir la mirada abrumadora del rapaz gavilán, en ella fija. Hernán, con gesto reposado y grave, quiso ponerse en pie; pero en mal hora. Volcó su torpe esfuerzo la vasija de blanco estaño, que el licor ardiente encerraba, y con cómica sorpresa esparcirse le vió como un torrente de rutilante sangre por la mesa. —¡Cuerpo de Dios!— refunfuñó impaciente —el diablo en mi camino se atraviesa.— Y descargando su fornido puño sobre el tablón nudoso:—¡Habla, por Cristo! balbuciendo exclamó:—¿Qué pasa, Nuño?

XII

—¡Escuchadme y sabréis! Por la cañada del puerto de las Víboras he visto buen golpe descender de gente armada—dijo el zafio, clavando la mirada oblicua en su señor.—Son mercaderes; muy precavidos van, pero no creo que den pruebas de aliento en un apuro. Marchan revueltos hombres y mujeres, y juzgo, si no miente mi deseo, la lucha fácil y el botín seguro. Diez mulas llevan de poder y brío, rendidas bajo el peso de los fardos que en vuestras cuevas hacinar ansío, y exploran el terreno dos gallardos, ágiles y robustos montañeses.— —Quisiera—exclamó Hernán—que me dijese cuántos los hombres son.—Gente no falta—respondióle el pastor.—Mas cuando asalta el lobo algún redil, ¿cuenta las reses?— —Nuño, tienes razón: fuera cobarde reparar en el número—repuso el fiero Hernán con desdenoso alarde. Da vil codicia dispó el confuso vapor, que sus potencias envolvía, como súbito viento de la tarde barre las brumas, aclarando el día, y alzóse con indómita energía, parecido al león, que se espereza sacudiendo su crin desordenada, cuando siente, al través de la maleza, el resoplido de la presa ansiada.

XIII

Arrasados en lágrimas los ojos, trémula, incierta y sin color Aurora á los pies de Fernán cayó de hinojos, y con la voz de la mujer que implora y acaricia á la par, voz que semeja, vibrando de ansiedad y de cariño, del bien amado la sentida queja y la inocente súplica del niño: —¿Qué vas á hacer?—le preguntó—¡Insensato! Y él, mirándola airado y cejijunto, prorrumpió con estúpido arrebató: —Hilad, señora, en paz que no es asunto propio de flacas hembras el que trato.— Exhaló la infeliz sordo gemido, y de sus manos se escapó la rueca como asustado pájaro del nido. Volvió otra vez á interponer su ruego; pero con frase dominante y seca, tan seca como el áspero chasquido del azote que al siervo despedaza: —¡Basta!—gritóle Hernán, de rabia ciego, ó juro á Dios que os pongo una mordaza.—

XIV

Bajo el torpe rigor de la amenaza, ella temblando obedeció. Profundo y lúgubre silencio, tan sombrío como el que cerca al triste moribundo, en la estancia feudal reinó un instante, que allí también desamparado y frío espiraba de angustia un pecho amante. —Casi es seguro—con feroz sosiego el rústico siguió—que aprovechando la ocasión, despojemos á mansalva. . . — Hernán miróle con fijeza, y luego le preguntó sin responderle:—¿Cuándo pasar los viste?—¡Al despuntar el alba!— Nuño le contestó. Como la fiera ola del mar, que con murmullo blando suavemente acaricia la ribera, hasta que osada ráfaga de viento su furia excita y su quietud altera, Hernán alborotóse de improviso, y yendo hacia el pastor, que sin aliento le contemplaba atónito y sumiso, cólerico exclamó:—¿Cómo, menguado, acudes en tal hora á darme aviso? Si dices la verdad, ¿dónde has estado?— —Tened piedad de la flaqueza mía—dijo Nuño turbado como un reo delante de su juez, y las palabras temblaban en los labios del espía:

—He llegado hasta aquí, dando un rodeo, por donde acaso las monteses cabras no estamparon su huella todavía, y la razón de mi tardanza es esa.— —¿Y por qué no venir por el atajo?— preguntó Hernán.—De mi valor respondo— el pastor replicó bajo, muy bajo: —Mas ¿quién se determina á tal empresa? ¡Pasar junto al abismo en cuyo fondo vos! . . . ¡Imposible!—Y se erizó la espesa selva de sus cabellos.—¿Quién se arrima? Cuantos se adelantaron atrevidos dicen que salen de la horrenda sima maldiciones, sollozos y alaridos.— Nuño calló, sus espantados ojos giraban en sus órbitas oscuras, como acosados tigres entre abrojos, cuando audaz cazador los acomete en su propio cubil.—¡Mucho aventuras!—gritóle Hernán.—De mi presencia véte, y pide á Satanás que los alcance. Que si por tí se nos malogra el lance, si tu incuria mis brazos encadena y vuelvo sin botín de la jornada, óyelo bien, te cuelgo, á mi llegada, para pasto de buitres, de una almena.—

XV

Despavorido el rústico y absorto ante el horrible gesto y la mirada de aquel malvado, del infierno aborto, fué alejando, hasta ganar la puerta, con vacilante paso y faz miedosa: y al encontrarla en su camino abierta, rápido se escurrió, como el impuro y cobarde reptil por la musgosa y húmeda grieta de vutusto muro.

XVI

—Yo amansaré tu condición villana— Hernán refunfuñó.—¡Mal fin te auguro! Y abriendo de repente una ventana, —¡Hola!—gritó con estentóreo acento á la chusma del patio:—Que la trompa con su bélico són los aires rompa, que mi rojo estandarte ondule al viento. No quede mesnadero, ni vasallo que á mi formal mandato se resista, ó, ¡vive Dios! que sentirá mi fallo. Ya la caza en el término se avista. ¡Son miserables corzos! ¡A caballo! ¡Todos en marcha! ¡Todos tras la pista!— Dijo, y oyóse el sordo clamoreo y el alegre bullicio de las gentes que se aprestaban al infame ojeo, y á poco retumbaron estridentes, por valles y montañas, los sonidos de la trompa marcial. Ya en su escarceo, los potros al combate apercebidos, relinchaban fogosos, golpeando con sus herrados cascos la ancha losa, y Hernán, que estaba á la ventana, cuando vió soltar del rastrillo la cadena, se dispuso á partir.

XVII

Pero su esposa, sobrecogida de zozobra y pena, abrazóse frenética á su cuello como si el miedo la aumentara el brío, y casi extinto el último destello de su débil razón:—¿Dónde, bien mío, dónde vas?—prorrumpió.—¿Por qué me dejas sumida en esta angustia que me acaba?— Y reía la mísera y lloraba, y á la vez palpitaban en su boca ayes, suspiros, ósculos y quejas. —¡No te manches en sangre! ¡Te lo pido por tí, por mí!—clamaba como loca, y era triste su voz como el gemido de un arpa que se rompe.—¡Ay, vida mía! no te condenes á suplicio eterno, que á donde tú no estás, está mi infierno, y á la gloria sin tí renunciaría.— Escuchábala Hernán como un idiota, extraño á todo sentimiento, mudo pero sombrío, y reprimiendo el llanto, ella con frase apresurada y rota por su amor, por su duelo y por su espanto: —¡Necia de mí!—añadía—¿por qué dudo de tu cariño?—Y con febril empeño más y más estrechaba el dulce nudo con que oprímía á su insensible dueño.

XVIII

Hernán, repuesto ya de la sorpresa, y obedeciendo á sus instintos viles, desabrido exclamó:—¡Callad, señora! que no han de hacerme abandonar la empresa súplicas ni lamentos femeniles.— Como animoso naufrago que implora

inútilmente auxilio, y sólo escucha la voz de la borrasca bramadora, aunque distante de la amiga playa, lucha sin esperanza, pero lucha, y mientras tiene vida no desmaya, tal la inocente y desolada Aurora pretendió resistir de aquella fiebre nunca saciada el sanguinario intento.

—¡Ay!—con amargo y penetrante acento, gimió, abrazada á su verdugo:—¡Espera!—
¿No ves, si alguna compasión te inspira mi amor, que me asesinan tus desvíos?—
Y el monstruo, rechazándola con ira,
—¡Cansada estáis!—la contestó—¡Morios!—

XIX

Soltóse con tal ímpetu y coraje, que Aurora vino á tierra trastornada, y más que el golpe la dolió el ultraje, aunque bien advirtió la desgraciada que por su rostro pálido corría la sangre con las lágrimas mezclada. De pronto, el sol atravesando el velo de la niebla sutil que le cubría, vertió, desde el ocaso, sobre el suelo, su luz, más bella cuanto más tardía. Un rayo melancólico y furtivo, pasando por los vidrios de colores, bañó la faz de Aurora, do su vivo y trágico terror estaba impreso, como si conociendo sus dolores, aquel rayo bajara pensativo

por mandato de Dios á darle un beso. Inmóvil y tendida sobre el duro pavimento de piedra, cual yacente estatua de un sepulcro, confundida, cada vez más siniestro y más oscuro entrevió el porvenir, y no en la frente, dentro del corazón sintió la herida. Abatidos sus músculos y flojos, postrada la conciencia, entumecida la voluntad, y en su mortal quebranto, la clara luz de sus hermosos ojos nublada por la sangre y por el llanto, trató de incorporarse, mas no pudo, y el amor, y la pena y el despecho con invisible y apretado nudo ahogaron los sollozos en su pecho. Desesperada, loca, en su infinito y rebelde pesar, una y tres veces el seno hirióse y con vibrante grito,
—¡Ay!—dijo ciega de furor:—¡Maldito corazón, que ni olvidas ni aborreces!—
Iba á seguir; pero el rumor confuso que levantó en el patio la mesnada, término y fin á sus lamentos puso. Heló sus venas de la muerte el frío, y fijando en el cielo su mirada,
—¡Ten—murmuró, quedando aletargada—
compasión de ellos y de mí, Dios mío!

XX

Quando la bulliciosa comitiva
atravesaba el puente en són de guerra,

ya con su luz dudosa y fugitiva
doraba el sol los picos de la sierra,
y lentamente por la mustia alfombra
de los oteros y cañadas, iba
subiendo y espesándose la sombra.

—Era ese instante de suprema calma en que se extingue de la tarde el ruido y en sus tristezas se recoge el alma. Cuando el grave y patético tañido de la campana los espacios llena, y con lengua metálica y sonora dice al mortal:—suspende tu faena: Dios te ofrece el descanso hasta la aurora.—
Cuando forma y color se desvanecen, bajo el silencio, las tinieblas crecen, y el campesino á quien el cielo avisa que interrumpa su rústico trabajo, á la luz del crepúsculo, indecisa, guía y conduce por estrecho atajo su mansa yunta á la cercana aldea, do amante madre ó diligente esposa, solícita prepara y cariñosa sano alimento en el hogar que humena.
Cuando en pos del reposo apetecido busca el redil en el seguro prado la dócil res, el labrador cansado su pobre casa, el pájaro su nido, y las pérfidas sombras el malvado.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.



UNA PAREJA DE ENAMORADOS.

Un trompo y una pelota se encontraban reunidos dentro de una caja de juguetes.

—¿Por qué no hemos de casarnos, dijo el trompo con languidez, ya que de todos modos da la casualidad que hemos de vivir juntos?

Pero la pelota era orgullosa, estaba forrada de riquísimo tafilete y se tenía por señorita de alto vuelo, por lo que ni siquiera se tomó la molestia de contestarle.

Al día siguiente al muchacho, dueño de los juguetes, se le ocurrió poner al trompo que era rojo y amarillo una punta nueva de cobre, de suerte que cuando bailaba era una maravilla ver los destellos que producían sus magníficos colores.

—Mírame, mírame, le decía á la pelota; ¿qué te parezco? Vaya, ¿nos casamos? Creo que hemos nacido el uno para el otro; tú saltas y yo bailo, ¿puede darse una pareja más feliz que nosotros?

—¿De veras? contestó la pelota con ironía. ¿Ignoras que mis padres fueron unas soberbias zapatillas de tafilete? ¿No sabes que tengo el cuerpo formado de corcho de España?

—Está bien, repuso el trompo; pero ten en cuenta que yo soy de caoba y que el autor de mis días es el burgomaestre en persona, quien en sus ratos de ocio se dedica á labrar toda clase de objetos al torno, siendo yo, modestia aparte, una de sus obras maestras.

—Es cierto lo que dices? preguntó la pelota un tanto menos esquiva.

—Que nunca más pueda bailar, si faltó á la verdad? exclamó el trompo.

—Veo que sabes exponer tus méritos, pero así y todo tu proyecto es imposible; yo estoy algo comprometida con una golondrina. Cada vez que me elevo al aire, asoma su cabecita fuera del nido y me dirige una declaración muy tierna. Hace ya mucho tiempo que he concebido el secreto propósito de entregarme á ella, y en este concepto me considero ligada por un irrevocable compromiso. Así pues, ya vez que no puedo acceder á tus pretensiones; estimo mucho tus sentimientos, y aún te prometo que no he de olvidarlos en toda mi vida.

—Algo es esto, sin duda, repuso el trompo lleno de tristeza; pero no basta á consolarme.

Tales fueron las últimas palabras que cambiaron el trompo y la pelota.

Al día siguiente, el muchacho poseedor de los juguetes tomó la pelota y la arrojó al aire. La pelota volaba rauda como un pájaro, y se remontó tanto, que el trompo llegó á perderla de vista; pero al poco rato caía al suelo para ser despedida nuevamente. Al caer daba un sorprendente bote, ya fuese porque intentara saltar hasta el nido de la golondrina, ó efecto sencillamente de la elasticidad y porosidad del corcho de España.

A las nueve veces de elevarse se quedó por el camino y desapareció. En vano el muchacho buscó y escudriñó por todas partes; no pudo descubrir la menor huella de su pelota y no tuvo más remedio que darla por perdida.

—Bien sé yo por donde anda la pícara, suspiraba el trompo; estará en el nido con la golondrina y ya se habrán casado.

Y cuando más pensaba en esto, más pesaroso se ponía. Es que nunca había sentido por la pelota una pasión tan grande, como desde que no podía verla. Lo que la atormentaba sobre todo, sin darle un instante de tregua, era la idea de que se hubiese casado con otro.

Sin embargo, el trompo continuó dando vueltas y haciendo ron-ron, si bien que bailando ó sin bailar, tenía fijo en su mente el recuerdo de la pelota, que en su imaginación se presentaba cada vez más bella y seductora. Este estado vino á ser en él lo que ha dado en llamarse una pasión inveterada.

El trompo había perdido la juventud y un día le doraron las rayas y costuras, cambiando de dueño. Jamás había sido tan hermoso: daba gusto verle dar vueltas y trazar espirales, brillante como un astro. ¡Con qué alegría zumbaba! ¡Ah, si la pelota hubiese podido verle en su nuevo estado!

En tan sabrosas reflexiones, tropezó con una piedra y fué despedido lejos, desvaneciéndose y eclipsándose. En vano lo buscaron por todos lados, incluso por la bodega en la cual hubiera podido deslizarse por un tragaluz; no supieron dar con él.

¿Sabéis dónde estaba? En el cajón de la basura, cubierto de polvo, mondaduras, desperdicios de col y otras inmundicias repugnantes.

—¡Ay de mí! exclamaba. ¿Qué será de mi hermoso dorado, en medio de la morralla de la escoria que me rodea? Tendió la mirada á su alrededor y vió entre unas hojas de ensalada, una bola, que habría podido tomarse por una manzana podrida, y era una pelota medio consumida y saturada de humedad, por haber pasado algunos años colgada en un canalón.

—Loado sea Dios, dijo al ver aquel tronco dorado: por fin encuentro á un ser de mi misma especie con quien será posible conversar un rato. Tal como me ves, amigo trompo, yo tengo el cuerpo de corcho de España y estoy forrada de tafilete, por cierto que me cosieron las delicadas manos de una bella señorita. Esto es tan cierto que nadie podrá ponerlo en duda, por poco que se tome la molestia de examinarme. Has de saber además que estaba en vísperas de casarme con una golondrina, cuando por una fatalidad de la suerte, me arrojaron á un canalón, en donde he permanecido colgada durante cinco años. ¡Mira, ay de mí, cómo me ha puesto la lluvia! ¡Mira qué hinchada y fea me he vuelto! ¡Figúrate qué suplicio tan cruel no había de pasar durante ese tiempo y en tales condiciones una señorita hija de buena familia como yo!...

El trompo no respondió una palabra; estaba meditando, pensando en su antiguo amor y adivinando muy bien que aquella pelota era el objeto que había inflamado un tiempo sus deseos juveniles.

En esto se presentó la criada para ir á vaciar el cajón de la basura.

—¡Toma! dijo, aquí está el trompo de los niños. Y corrió á traérselo, recobrando el sufrido juguete su antigua gloria. En cuanto á la pelota fué arrojada á la calle.

Inútil es decir que el trompo ya no volvió á hablar nunca más de su antigua pasión. Su repugnancia fué tan grande, que cuando vió á la pelota inyectada de agua y lodo, pestilente, destripada y llena de arrugas, aparentó no haberla visto en su vida.

CRISTIAN ANDERSEN.



MEXICANAS.

GUADALUPE

[Para el Doctor Manuel Flores, quien me pidió unos versos nacionales].

Con su escolta de rancheros,
diez fornidos guerrilleros, y en su *cuaco* retosón
que la rienda mal aplaca,
Guadalupe la *chinaca* va á buscar á Pantaleón.

Pantaleón es su marido,
el gañán más atrevido con las bestias y en la lid:
faz trigueña, ojos de moro
y unos músculos de toro y unos ímpetus de Cid.

Cuando mozo fué vaquero
y en el monte y el potrero la fatiga le templó
para todos los reveses,
y odia mucho á los franceses y cien veces lo probó.

Con su silla plateada,
su chaqueta alhamarada, su vistoso *cachirul*
y su lanza de *cañutos*,
cabalgando *pencos* brutos, ¡qué gentil se ve el gandul!

Guadalupe está orgullosa
de su *prieto*, ser su esposa le parece una ilusión,
y al mirar que en la pelea
Pantaleón no se *pandea*, grita: ¡viva Pantaleón!

Ella cura á los heridos
con remedios aprendidos en el rancho en que nació,
y los venda en los combates
con los rojos *paliacates* que la pólvora impregnó.

**

En aquella madrugada todo halaga su mirada,
finge pórvido el nopal
y los *órganos* parecen candelabros que se mecen
con la brisa matinal.

En los planes y en las peñas, el ganado entre las breñas
rumia y trisca mugidor
azotándose los flancos, y en los húmedos barrancos
busca tunas el pastor.

A lo lejos, en lo alto, bajo un cielo de cobalto
que desgarrar su capuz,
van tiñéndose las brumas, como un piélago de plumas
irisadas por la luz.



Y en las fértiles llanadas, entre milpas retostadas
de calor, pringan el plan
Amapolas, *maravillas*, *zempoalxochitls* amarillas
y azucenas de San Juan.

**

Guadalupe va de prisa, de retorno de la misa,
que en las fiestas de guardar
nunca faltan las rancheras
con sus flores y sus ceras á la iglesia del lugar.

Con su gorra galoneada, su camisa respunteada,
su gran paño para el sol,

su rebozo de *bolita*
y una saya nuevecita y unos *bajos* de charol;

Con su faz encantadora más hermosa que la aurora
que colora la extensión,
con sus labios de carmines
que parecen *colorines* y su cutis de piñón;

Se dirige al campamento donde reina el movimiento
y hay *mitote* y hay licor;
porque ayer fué bueno el día,
pues cayó en la serranía un convoy del invasor.

Qué mañana tan hermosa! cuánto verde, cuánto rosa
y qué linda, en la extensión
rosa y verde, se destaca
con su escolta, la *chinaca* que va á ver á Pantaleón!

1899.

AMADO NERVO.



Páginas de la Moda

LO QUE SIGNIFICAN LOS LABIOS GRUESOS.

El Dr. A. Bloch, antropologista francés ataca á la teoría de que los labios gruesos denotan sensualidad, y que los labios finos y delgados denotan espiritualidad, firmeza y elevación de carácter. En una reciente publicación trata de demostrar este sabio que los labios son simplemente rasgos característicos de una raza, y que entre el pueblo híbrido de Europa y de América, donde ha habido una mezcla tan general de razas, un niño puede heredar de antepasados no muy remotos una forma de labios que desmienta lo que la teoría de los labios indicaría sobre el carácter de ese niño. Las investigaciones del Dr. Bolch le han convencido de que realmente los labios gruesos en las razas blancas son siempre anomalías ó caprichos de la naturaleza.

Los santos y las santas.

Desde 1500 á 1882 han sido canonizadas por la Iglesia 86 personas y beatificadas 330. De estos 416 siervos de Dios, 358 hombres y 58 mujeres, 297 sufrieron el martirio y 119 han practicado la virtud en grado heroico.

De los 416 Santos y Beatos, 222 eran europeos, 76 de éstos eran italianos, 60 españoles, 37 portugueses, 14 franceses, 13 holandeses, 5 belgas, 4 alemanes, 2 polacos, 1 dinamarqués y 1 ruso.

Naturales de Asia eran 187, de los cuales 181 fueron martirizados en el Japón; 5 naturales de Corea y 1 indio canonizado. Los 7 restantes eran americanos.

Pío IX, en su largo reinado, canonizó 52, beatificó 221 y reconoció el culto inmemorial de 119 siervos de Dios, León XIII ha elevado á otros muchos al honor de los altares.

CONOCIMIENTOS UTILES.

Para dar firmeza al color del percal, se remoja la tela antes de lavarla, en ocho ó diez cuartillos de agua en que se haya disuelto una cucharada de hiel de buey.

Para quitar las manchas de grasa; hay una preparación muy buena, que se compone de dos cuartillos de agua, dos onzas de agua de amoníaco, una cucharada tetera de salitre y una onza de jabón rebanado. Se disuelven bien estas substancias y luego se embotellan. Si hay alguna mancha de grasa ó aceite que no se quite frotándola con esta preparación, es inútil probar ninguna otra.

He aquí según el sabio químico mexicano Sr. Río de la Loza, la composición química del agua miel (*savia agaves*) (pulque):

Azúcar.....	9,553
Goma y albúmina soluble.	0.540
Potasa, sosa, cal, magnesia, alumina, cloro, ácidos sulfúrico, fosfórico y silíceo.....	0.726
Agua, materias resinosas y albuminoides, gases...	89.181

100.00

El agua miel tiene la reputación de ser antiescorbútica.

Se puede extraer del agua miel, azúcar de excelente calidad. Se hace también con ella muy buen vinagre.

Recetas útiles.

SALSA DE ACEITE.

Batid en un cazuela colocada encima de cenizas calientes, ó mejor en un baño de maría, tres ó cuatro yemas de huevo muy frescas, con sal y pimienta en cantidad suficiente; luego que las yemas estén tibias, echadles poco á poco 125 gramos de excelente aceite de olivo, agitándolo vivamente. Esta salsa solamente no debe hervir, sino que debe evitarse que se caliente demasiado, porque entonces las yemas de huevo y el aceite se separarían y se echaría á perder la salsa; hay que prepararla en el momento de servirla para acompañar diversas legumbres cocidas en agua. En muchas cocinas, no se pone la salsa de aceite al fuego ni al

baño de maría; se mete simplemente un plato de porcelana en agua hirviendo, se le retira al cabo de algunos minutos y se le seca aprisa. Cuando aun esté caliente, se mezclan en él el aceite y las yemas de huevo batida y convenientemente aderezadas.

BECHAMELLE MAGRA.

Sofreid en 60 gramos de manteca un buen puñado de setas cortadas en pedazos muy pequeños; añadid media cucharada de harina, y ménead vivamente para evitar que la manteca tome demasiado color; echad poco á poco medio litro de leche, y luego sal y pimienta según los gustos, y dejadlos cocer hasta que la salsa haya tomado una buena consistencia.

SALSA RUBIA.

Esta salsa, una de las más útiles y usadas en la cocina de la clase media, puede prepararse con caldo ó sin él. Siendo magra, es una salsa blanca á la cual se añaden manteca suficientemente dorada en el sartén y una ó dos yemas de huevo en el momento de servir. Siendo de caldo, es también una salsa blanca á la cual se añade caldo ó consumado, y á la que se da color con un pedazo de cebolla requemada.

SALSA PICANTE DE CALDO.

Coced dos ó tres escalufias (cebollitas) picadas en un poco de vinagre, hasta que no quede nada del líquido. Echad luego una gran cucharada de caldo; añadid, según los gustos, sal, pimienta y moscada, y hacedlo hervir durante un buen cuarto de hora á fuego lento. En el momento de emplear esta salsa, se mezclan en ella 30 ó 60 gramos de pepinillos avinagrados y hechos pedacitos. Esta fórmula es la de la salsa picante de caldo más usada.

SALSA MAYONESA.

Batid en una vasija de porcelana dos yemas de huevo crudas, bien aderezadas con sal y pimienta; añadid gota á gota, por decirlo así, buen aceite de olivo, en la proporción de una cucharada por cada yema; batid largo tiempo la mezcla; la preparación de una buena mayonesa no debe durar menos de un cuarto de hora. Cuando el aceite esté bien incorporado á las yemas de huevo, añadid poco á poco el zumo de un limón, ó, á falta de limón, una cantidad equivalente de vinagre.

SALSA DE TOMATE.

La manera más sencilla consiste en sofreir con manteca fresca tomates cortados en cuatro partes, con algunas cebollas hechas pedazos también, y un buen aderezo de sal pimienta. Las porciones ordinarias son de 125 gramos de manteca por cada ocho tomates y dos cebollas de mediana magnitud. Cuando los tomates estén bien sofreídos, se les echa un poco de caldo sin grasa, y se concluye la cocción á fuego lento. La salsa de tomate se pasa luego á traves de un tamiz ó colador fino, empleando una cuchara de palo para obligarla á pasar; si es demasiado clara, se la hace reducir, á un fuego muy moderado, porque se pega fácilmente á la cazuela; si parece demasiado espesa, se la aclara con caldo.

SALSA PICANTE MAGRA.

Picad á un tiempo finalmente tres ó cuatro escalufias y un poco de perejil. Sofreidlos en 60 gramos de manteca fresca; aderezadlos con sal, pimienta y moscada; añadid media cucharada de harina, cuidando siempre de que la manteca no tome color; echad poco á poco en ella un buen vaso de agua; dejadlo cocer todo un cuarto de hora á fuego lento, y cuando la salsa esté hecha, añadidle unas cuantas gotas de vinagre.



FIG. 1.—GRUPO DE TOILETTES ELEGANTES.



FIG. 2.—TRAJES PARA NIÑOS.

SALSA A LA MAITRE D'HOTEL.

Se emplea aquí la palabra salsa por conformarse al uso, porque no se trata de una salsa en el verdadero sentido de esta expresión. Amasad un pedazo de manteca de 125 gramos con sal, pimienta, un puñado de perejil picado, una pequeña cantidad de escañas, y unas cuantas gotas de vinagre ó zumo de

limón. Así preparada la manteca, se añade á las legumbres cocidas en agua, y á los pescados asados en las parrillas ó cocidas de diversas maneras, que se quieran aderezar á la maitre d'hotel; es necesario que estos diferentes manjares sean bastante calientes para derretir la manteca; de lo contrario es preciso ponerlos otra vez al fuego. Es una de las maneras más sencillas, más rápidas para preparar una gran cantidad de manjares magros tanto para las grandes mesas como para las más modestas.

PASTA PARA FREIR.

Los manjares que han de freirse se envuelven en una pasta, cuya preparación exige cuidados particulares, sin los cuales la fritura no sale bien y pierde la mayor parte de su valor gastronómico.



NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—GRUPO DE TOILETES ELEGANTES.

La primera con unas hermosas aplicaciones de guipure; la segunda de alpaca con jaquette corto muy sencillo y jockeys.—El tercero un frock de muselina figurada, con una camisola plissé muy elegante.

FIG. 2.—TRAJES PARA NIÑOS.

Dos hermosos trajecitos de verano, el uno de cheviotte muy delgado, con jaquette y chaleco, el otro compuesto de un calzón de sarga y de una blusa orlada de encajes.

FIG. 3.—TOILETTE DE VERANO.

Es una hermosa toilette de crepé de china con guarniciones de encajes. Lleva media túnica con la aplicación en todo su vuelo.

FIG. 4.—TRAJE DE FOULARD.

Es todo de foulard floreado; falda bordada de guías en hermosa madeja. Blusa con un peto de muselina de seda plissé, y adorno de guías también. La falda lleva tres series de volantes.

FIG. 5.—TRAJE DE PASEO.

Todo de seda malva con superposición de tul pointillé, el cual lleva al frente grandes bordados. Blusa muy ceñida en que el escote va figurado con guías bordadas, cinturón de raso formando un gran lazo en la parte posterior.

Otro pago de \$4 610.40 de "LA MUTUA"
En la Encarnación, Jalisco.

Timbres por valor de \$4.62. cs. debidamente cancelados.

Recibí de «The Mutual Life Insurance Company of New York» la suma de \$4,610.40 cs. plata mexicana así: \$3,000.00 cs. suma asegurada y \$1,610.40 cs. por devolución de los premios pagados en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza número 347,762 bajo la cual y á mi favor estuvo asegurado mi finado esposo Don Agapito González, y para la debida constancia en mi carácter de beneficiaria nombrada en la póliza, extendiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en la Encarnación, E. de Jalisco, á 22 de Marzo de 1899.

Firmado.—MICAELA HERNANDEZ ALVA VDA. DE GONZALEZ.

Un timbre de 50 cs. debidamente cancelado.

En la Encarnación, á 22 de Marzo de 1899. Cayetano Romo, Notario Público, supernumerario de este lugar, certifica y da fe: que se presentó la Sra. Micaela Hernández Vda. de González, y extendió el recibo que antecede en favor de LA MUTUA.—Doy fé. Firmado.—CAYETANO ROMO.—Rúbrica.

El Sr. Ministro de Relaciones Exteriores.

«Recomiendo los trabajos dentales ejecutados por los señores doctores Spyer (inventores de la Dentadura Automática), á mis amigos y al público en general, y á este fin, permito la publicación de mi firma.»

Soy de vdes. su servidor y amigo.—Ignacio Mariscal, Ministro de Relaciones.

A los señores doctores Spyer, calle de la Palma 3.—México.—Inventores de la «Dentadura Automática.»

Los señores doctores Spyer son los dentistas más acreditados de la República Mexicana.

Han hecho en sus oficinas innumerables extracciones absolutamente sin dolor, con «Hemphene,» y más de 30,000 Dentaduras Automáticas en uso satisfactorio.



FIG. 4.—TRAJE DE FOULARD.—DELANTERO Y ESPALDA.



FIG. 3.—TOILETTE DE VERANO.

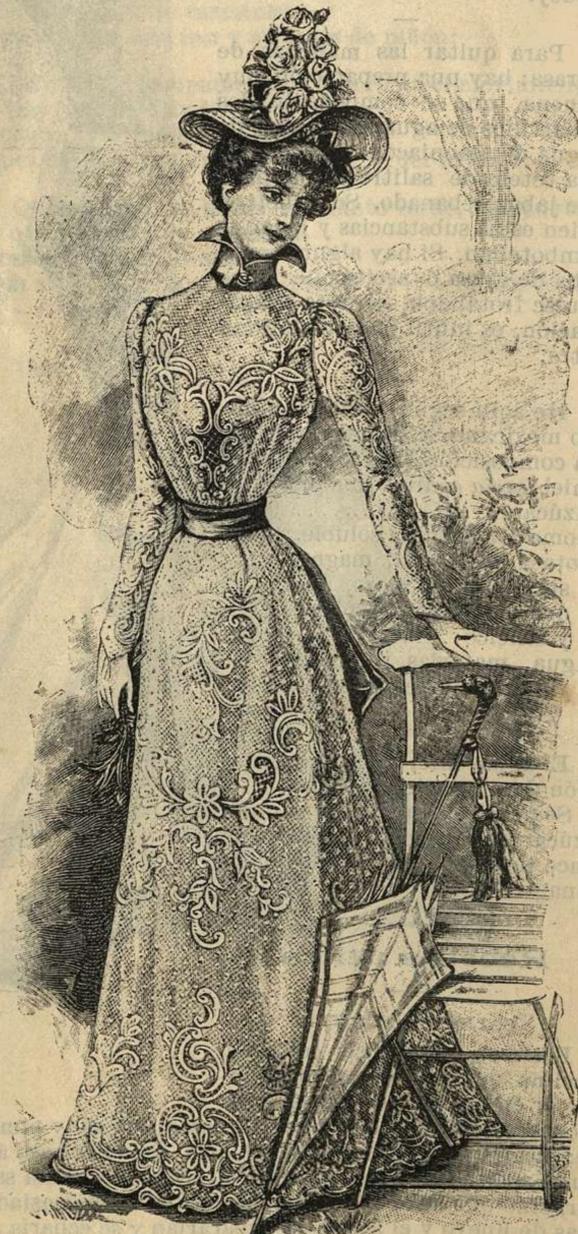


FIG. 5.—TRAJE DE PASEO.